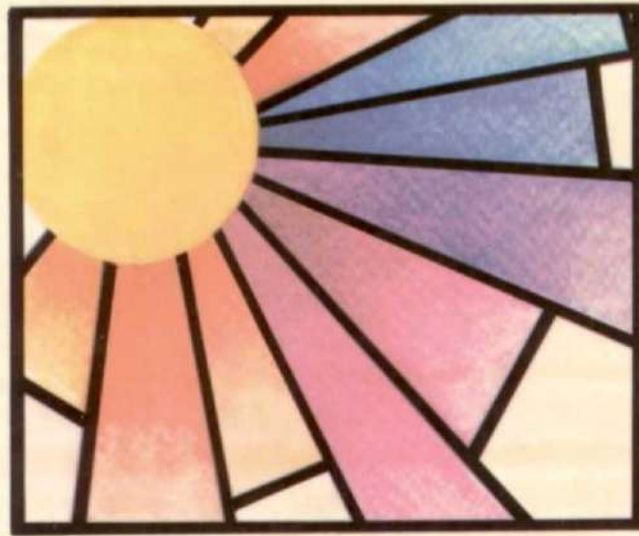


**LA
GLORIA
DE LA**

RESURRECCION

E. M. BOUNDS



LA GLORIA DE LA RESURRECCIÓN

E. M. Bounds

INTRODUCCIÓN

La Biblia de la familia Bounds muestra que el padre del Rev. Edward M. Bounds, Thos. Jefferson Bounds, nació en Maryland, el 5 de septiembre de 1801. Su madre, Hester Ann Purnell, nació en Maryland. Los dos se casaron el 12 de noviembre de 1823. Llegaron a Kentucky, vivieron allí unos años y luego se mudaron al County Marión, en Missouri. Edward M. Bounds nació en Shelbyville, Missouri, el 15 de abril de 1835. Su padre, Thos. J. Bounds murió y fue enterrado en el Condado de Shelby. Su madre murió en 1882, el 7 de junio, y fue enterrada en Kirksville, Missouri.

Edward M. Bounds y su hermano, Charles L. fueron a California atraídos por el descubrimiento de oro en 1849. Bounds tenía entonces sólo 14 años. Se dice que él y su hermano fueron los dos únicos muchachos que cruzaron las praderas —y llevaron su religión con ellos.

Había ocho hermanos y tres hermanas, nacidos todos de la familia de Thos. J. Bounds, padre de Edward M. Bounds. Edward M. estudió leyes y fue admitido en el Colegio de abogados y se instaló en Hannibal, Missouri, pero sintió tan imperiosamente el impulso de predicar que abandonó la profesión de la ley a los dos años. Se unió al Ejército Confederado (o sea, el Ejército del Sur) al comienzo de la guerra civil, y fue nombrado capellán castrense.

El Obispo W. F. Mallalieu, habiendo leído estos capítulos de «La Resurrección», dijo en 1908: «He leído recientemente dos libros del Rev. Edward M. Bounds. Las citas clásicas que encabezan los capítulos valen ya en sí lo que cuesta el libro. Bounds dice que la resurrección de Jesucristo fue completa, literal, entera y absoluta; que la resurrección de los cuerpos de los muertos, cualquiera que sea la forma en que se disponga de ellos, enterrados en el mar, o reducidos a cenizas, será precisamente análoga a la resurrección del cuerpo de Jesucristo.»

Conocí a este gran santo en mayo de 1905, cuando él ya tenía 70 años. Estaba entonces escribiendo «El Predicador y la Oración» y estos «pensamientos sobre la Resurrección». Compartimos comida y hospedaje hasta que murió. Era admirable el oírle hablar. Se quedaba sentado durante horas en meditación silenciosa y en oración y después, empezaba a hablar de una manera lenta, dulce, deliciosa, y si entrábamos de repente lo hacía de modo intenso. El comprender su significado y su sinceridad y fervor era a veces hasta doloroso. Nos aconsejaba que nos levantáramos a las 4 de la madrugada con él y que oráramos por los perdidos y por dinero para publicar sus libros. Al fin Dios hizo que se le concediera un préstamo bastante grande para publicar «El Predicador y la Oración» y «Resurrección» en 1907. Los dos libros fueron escritos, prácticamente, con su sangre y saturados de lágrimas. El hermano Bounds se llevó la edición de «La Resurrección» consigo a su casa, en Fashington, Georgia, y allí permaneció guardada durante 12 años. Me escribió en Brooklyn, Nueva York, el 15 de diciembre de 1911 estas palabras: «Estos libros que le envió como un obsequio son mis libros sobre "La Resurrección". Son las grandes verdades del Señor y le servirán a usted y a cualquiera que los lea como recordatorio de esta verdad vital.» El 21 de diciembre de 1911, tenía todos estos libros en su buhardilla guardados, y no tenía manera de venderlos, por lo que me escribe estas líneas: «Le envió veinticinco ejemplares. Tienen que circular para predicar. Son las verdades de Dios. Escoja la ocasión y las personas; regáuelos en el nombre de Dios. Me gustaría que Nueva York estuviera llena de ellos.» Estaba dispuesto a enviarme más y más si podía distribuirlos. Su alma anhelante sabía cuál es la gran esperanza del cristiano y estaba intercediendo ante Dios para que su libro tan precioso pudiera tener lectores para la gloria de Dios. Dios le contestó, aunque diez años más tarde, y ahora, con nuevos editores y otro formato, la más gloriosa de todas las escrituras espirituales abierta y presentada de modo escritural a los lectores, que desean leer todo lo que E. Bounds escribió.

El Dr. A. F. Scofield, de Londres, Inglaterra, estudiando la historia del Imperio Romano escrita por Polibio, el famoso historiador, descubrió que el ejército romano usaba tres llamadas de trompeta para levantar el campo. Primero, la trompeta sonaba alto y de modo continuo durante unos pocos momentos, lo que significaba: «Recoger las tiendas, hacer los equipajes, asegurar los animales.» La segunda llamada era para formar las compañías y batallones, y aguardar en formación. La tercera llamada significaba simplemente:

«En marcha.» Podría hacerse la siguiente comparación: Pablo se hallaba entre soldados romanos en diferentes lugares y aún estaba encadenado a uno en Roma, y no hay duda que había oído sonar varias veces las tres

trompetas en los años en que había pasado en contacto con el elemento militar. Por tanto le eran familiares estas llamadas y su significado y por ello hace la maravillosa afirmación de 1.^a Corintios 15:52, en referencia a la resurrección: «En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta...» Esto ocurre treinta y cinco años antes que Juan escribiera en el capítulo 11 de Apocalipsis: «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta.» Lo que quiere decirse es que Pablo no hace referencia alguna a la séptima trompeta de Juan en Apocalipsis, sino que se refiere a la tercera trompeta de los romanos. Si esta hipótesis es correcta entonces estamos con los que son las águilas de Dios. Habiendo oído la primera y la segunda trompetas, esperamos la voz de mando: «En marcha», para que podamos ser arrebatados juntos en las nubes para recibir al Señor en el aire: y estar así siempre con el Señor.

La interpretación de Bounds es que Cristo vendrá para ser glorificado en todos los que crean, cuando sea contestada su oración: «Padre, que todos los que me has dado estén conmigo, para que vean mi gloria.» Bounds no creía que Cristo vendrá para ser glorificado sólo en una porción de sus santos y admirado sólo por aquellos que habrán creído viviendo antes del milenio, y que el resto sería traído por grados, después de la venida de Cristo, y permanecería en la carne como ciudadanos de primera clase.

Demos gracias a Dios que Cristo compró en la cruz la redención virtual y real. Nuestros espíritus han sido redimidos virtualmente y de modo real: mientras que el cuerpo ha sido redimido solo virtualmente. En Efesios 1:14 leemos: «El cual es las arras de nuestra herencia con miras a la redención de la posesión adquirida.» La posesión adquirida es el cuerpo, y el cuerpo no ha sido realmente redimido, hasta que Dios lo glorifique en la Resurrección. Entonces «el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras». Gloria sea a Dios, amén.

HOMER W. HODGE

CAPITULO I

A modo de prefacio

«Oigo el retumbar de la eternidad en mis oídos los linajes de la tierra harán lamentaciones por El. Sí, amén» (Apocalipsis 1:7-8).

Cristo está cerca, muy cerca, y su plegaria, en el capítulo 17 de S. Juan está evidentemente a punto de ser contestada. «Padre, aquellos que me has dado quiero que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean la gloria que me has dado» (Juan 17:24).

REV. HOMER W. HODGE

Junto a los principios de que consistimos, y de las acciones que brotan de nosotros, la consideración de las cosas a nuestro alrededor y el curso natural de las variaciones en la criatura harán que veamos la resurrección todavía, más altamente probable. Cada período de veinticuatro horas nos enseña pues esto, que hay siempre una revolución que equivale a una resurrección. El día muere en la noche y es enterrado en el silencio y la oscuridad; a la mañana siguiente aparece de nuevo y revive, abriendo la tumba de oscuridad, naciendo de la noche muerta. Esta es una resurrección diurna. Como el día muere en la noche, lo mismo hace el verano en el invierno; la savia se dice que desciende a la raíz y allí permanece enterrada en el suelo; la tierra la cubre de nieve o escarcha y pasa a ser un sepulcro general. Cuando reaparece la primavera, todo renace; las plantas y las flores asoman de sus tumbas, vuelven a avivarse, crecen y florecen. Esta es una resurrección anual. El trigo del cual nos alimentamos, y cuya carencia significa hambre, sin embargo, es echado en el suelo y enterrado allí, con el propósito de que se corrompa y al serlo, reviva y se multiplique; nuestros cuerpos son alimentados por medio de este experimento de modo constante, y continuamos esta vida por medio de una sucesión constante de resurrecciones. Así que todas las cosas son rehechas por la corrupción, son preservadas si perecen, son reavivadas si mueren; y ¿podemos pensar que el hombre, el señor de todas estas cosas que mueren y vuelven a la vida por él, ya a ser detenido por la muerte y no volverá a vivir otra vez? ¿Es imaginable que Dios restaure todas las cosas del hombre y no restaure al hombre mismo? Si no hubiera otras consideraciones sino los principios de la naturaleza humana, de la libertad y de la remunerabilidad de las acciones humanas y de las revoluciones y resurrecciones naturales de otras criaturas, estos ya serían suficiente para hacer la resurrección de nuestros cuerpos altamente probable. *Pearson, en el Credo.*

CAPITULO II

La resurrección diurna y anual

Incluso los escépticos más ilustres no tienen mejor objetivo que el desplegar sus poderes para confundir y oscurecer la verdad, los esfuerzos más felices de su escepticismo, de la mejor manera en que pueden ser descritos, es como brillantes muestras de libertinaje mental.

SIR JAMES MACKINTOSH

Todo el sistema de Jesucristo está basado en la inmortalidad del hombre. No es la idea o la suposición de la inmortalidad del alma, sino de la inmortalidad del hombre. Todo el hombre, en su naturaleza dual o trina, ha de vivir para siempre. El espíritu o departamento más elevado desafía a la muerte; el cuerpo ha de volver de las ruinas y de la cárcel de la muerte y ser resucitado a la vida. El hombre inmortal: todo el hombre, alma, cuerpo y espíritu, esta es la clave y punto esencial de la redención de Cristo. La naturaleza inmortal del alma ha sido enseñada en las filosofías de la tierra, paganas y cristianas, pero la resurrección del cuerpo es una doctrina distintivamente cristiana. Pertenece a la revelación de la Palabra de Dios. Se halla en la Biblia y en ninguna otra parte. La naturaleza puede tener ecos, remedos, analogías, figuras; pero, en ninguna parte se halla la doctrina afirmada plenamente, plenamente asegurada, sino en las Escrituras que contienen la voluntad de Dios revelada.

La doctrina de la resurrección del cuerpo no es una mera inferencia de una afirmación bíblica. Es una declaración directa, es la piedra clave del arco, la piedra de esquina de los edificadores. No es una magnífica idea que se ocurrió después del evangelio, sino que «Jesús y la Resurrección» son el evangelio.

La fe no puede apelar a la razón o a la perfección de las cosas; la apelación es a la Palabra de Dios, y todo lo que hay en ella lo acepta como verdadero. La fe acepta la Biblia como la Palabra y voluntad de Dios y descansa sobre su verdad sin hacer preguntas y sin ninguna otra evidencia.

La fe acepta la Palabra de Dios como evidencia indudable de cualquier hecho, y se goza en el hecho, tan verdadero porque Dios lo afirma en su Palabra. Muchos de los hechos revelados en la Biblia reciben credibilidad de nuestra razón como propios y sensatos. Otros van más allá del alcance de la razón, la cual no tiene ni visión ni analogía para medirlos.

La resurrección del cuerpo humano, su regreso a la vida, después de la destrucción, corrupción y olvido de la tumba, es uno de estos hechos sobrenaturales. Ha sido la pregunta ansiosa y acompañada de lágrimas de todas las edades: ¿Pueden vivir los muertos? ¿Hay alguna fuerza que pueda vencer a la muerte? ¿Hay alguna esperanza de victoria más allá de la tumba? La razón no tiene respuesta a la pregunta ni tampoco esperanza para el que la hace. La analogía nos da algo de luz, débil, pero esta se pierde en la noche cerrada de la tumba.

Sólo hay dos preguntas para avivar y satisfacer la fe en la resurrección del cuerpo. Estas preguntas son de promesa y de capacidad: ¿Ha prometido Dios levantar el cuerpo después de la muerte? ¿Puede ejecutar esta promesa específica? El cuerpo es una parte separada y muy importante para el hombre. Es la parte que se ve, se conoce, se maneja, se describe como hombre, el órgano, la parte exterior por medio de la cual el hombre entra en contacto, simpatía y acción con el mundo que le rodea. Una parte muy importante, una parte indispensable del hombre, el cuerpo, pertenece al hombre, es una parte original y organizada del hombre, evidente y conspicua. ¿Resucitará este cuerpo de entre los muertos, donde fue depositado en medio de lágrimas y adioses? Su muerte es un hecho claramente visible. «¿Volverá a vivir otra vez?» es la pregunta apasionante del amor y del anhelo.

El mundo pagano suspiraba en el vacío y en la desesperación. Las flores, decían ellos, mueren en el invierno, pero con el calor de la primavera vuelven a la vida. El día declina en la oscuridad y la noche, pero vuelve a levantarse otra vez en pleno día; el sol se pone, pero al recorrer su órbita volverá a aparecer; las lunas menguan pero luego crecen y alcanzan plenitud y brillo; pero sus amados los dejan, eclipsados, perdidos en la oscuridad de la muerte, sin primavera, ni mañana, ni levantarse de nuevo.

El cristianismo acalla estos suspiros, llena el vacío, vence la desesperación. Ilumina la oscuridad de la tumba con la estrella matutina de la esperanza y derrama el brillo del día de la resurrección sobre la noche de la

tumba. La fe pide a la incredulidad, la duda y la desesperación: «¿Por qué ha de considerarse imposible que Dios pueda levantar a los muertos? ¿Hay algo demasiado difícil para Dios?» La fe declara: «Todos los que duermen en sus tumbas oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán.»

La fe pone el brillo de una esperanza inmortal en medio del cementerio de nuestra aflicción: dice cada losa: «Yo soy la resurrección y la vida»; clama cada deudo en luto: «Los muertos vivirán.» El cristianismo no es agnosticismo sino fe, seguridad, conocimiento; no es negativo sino positivo. «Creo en la resurrección del cuerpo», es un punto fundamental y permanente de nuestro credo.

El cristianismo no es racionalismo, sino fe en la revelación de Dios. Un punto importantísimo, conspicuo, de esta revelación es la resurrección del cuerpo.

CAPITULO III

El hombre inmortal completo

El presente y el futuro a la vez, están atados en nuestra creencia en la resurrección y ascensión del Señor; y el presente sería penoso y el futuro nublado y sombrío si nuestra creencia en que el Señor resucitó y ascendió fuera incierta, parcial, precaria.

OBISPO ELLICOTT

Al frente, como fundamento sólido de la resurrección del cuerpo, está la resurrección de Jesucristo. Su resurrección abre las puertas de la tumba y deja entrar luz que crea esperanza. «Id y decid a sus discípulos que ha resucitado.» Este anuncio del ángel lleva la seguridad y resplandor a los reinos terrestres de la duda y la muerte.

«La resurrección de Cristo es la causa de nuestra resurrección», como dice Pearson en el Credo, «por una causalidad doble, como causa ejemplar y causa eficiente, como causa eficiente en referencia a que nuestro Salvador, por su resurrección y en ella, había obtenido poder y derecho para levantar a todos los muertos». «Porque así como todos mueren en Adán, también en Cristo recibirán la vida»; como causa ejemplar con referencia a que todos los santos de Dios se levantarán según la semejanza y conformidad de la resurrección de Cristo. «Porque si hemos sido hechos como El en semejanza de su muerte, seremos también como El en semejanza de su resurrección.» El cambiará nuestros cuerpos corruptos para que sean hechos semejantes a su cuerpo glorioso. Del mismo modo que llevamos la imagen de la tierra, llevaremos la imagen de lo celeste. Esta es la gran esperanza del cristiano, que Cristo levantándose de los muertos obtuvo el poder y pasó a ser el modelo de la resurrección.» Tus muertos vivirán; mi cuerpo se levantará. Despiértate y canta, tú que yaces en el polvo, porque tu rocío es como rocío de hierba y la tierra devolverá a sus muertos.

Las Escrituras unen estos dos hechos, la resurrección de Jesucristo de los muertos y la resurrección del cuerpo del hombre de la tumba. Los terribles resultados de su posible fallo en resucitar, el abatimiento y pavor de un Cristo no resucitado, los pinta un conocido escritor inspirado con vivos colores: «Pero, si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque, si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado en contra de Dios que El resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces, también los que durmieron en Cristo han perecido. Si solamente en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres. Ahora bien, Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque, ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero, cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después los que son de Cristo, en su venida» (1.^o Corintios 15:12-23). Pablo expresa esta idea otra vez: diciendo:

•*Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en El. ...Y si el Espíritu de aquél que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús, vivificará también vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros. Sabiendo que aquél que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús y nos presentará juntamente con vosotros.»* (Romanos 8:11; 2.^o Corintios 4:14)

Las Escrituras dan evidencia amplia y constante de que la fe de la resurrección del cuerpo está en la fe de que Jesucristo murió y resucitó otra vez. Si su carne se corrompió en el sepulcro de José de Arimatea, entonces nuestra esperanza de salir de la tumba se ha corrompido también; si su cuerpo pasó a formar parte del polvo de Palestina, entonces nuestra fe es toda fantasía, y la resurrección inerte y muerta como el mismo polvo.

Todas las pruebas simples e invencibles de la resurrección de Jesucristo son confirmaciones profundas, verdades eternas como la Escritura de que nuestros cuerpos, a la llamada de Jesucristo, se sacudirán al reproche y romperán las cadenas férreas de la muerte.

La resurrección de Jesús es el hecho que lo comenta y lo afirma. Por ella fue demostrado que era el Hijo de Dios con poder; es un complemento apropiado y necesario a su advenimiento y a su crucifixión; enlaza en un todo con los hechos de su vida maravillosa y pone su sello de verdad sobre ellos; es la piedra angular del arco de la verdad, la corona del sistema, el milagro de todos los milagros. Salva la crucifixión de su escarnio. Pone divinidad y gloria sobre la cruz. La resurrección de Jesucristo fue necesaria para establecer la verdad de su misión y poner el sello de poder que todo lo vonce sobre su evangelio. Su muerte cubrió la ley, concilio la justicia divina; su resurrección proclamó la libertad por todos los reinos de los muertos y se llevó a la muerte en cadenas.

El lector más superficial del Nuevo Testamento no puede dejar de darse cuenta de la posición excepcional que tiene la resurrección de Cristo en el cristianismo. Es el creador de sus esperanzas nuevas y brillantes, de su fe más firme y rica, de su experiencia más profunda y exaltada. Es el punto saliente de la predicación del Nuevo Testamento. «Jesús y la resurrección» es el resumen del tema de su mensaje. Sin esto no había para sus autores más que sombra y abatimiento. Si Cristo, dice el apóstol, no resucitó, entonces nuestra predicación es vana, nuestra fe es vana, somos perjuros como testigos falsos de Dios, y estamos todavía en nuestros pecados, nuestros muertos en Cristo han percido sin esperanza y somos los más dignos de lástima de todos los hombres. Todos estos desastrosos resultados son predicados del hecho de que Cristo no hubiera resucitado. Pero, el apóstol pone fin a todas estas consecuencias terribles y lanza nueva luz de esperanza y vida sobre la escena al afirmar con seguridad: «Ahora bien, Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho.» La resurrección de Cristo reanima nuestras esperanzas del cielo y las asegura sobre fundamentos de diamante, y tan preciosas y hermosas como las murallas de joyas.

La resurrección de Jesucristo es el nacimiento de una vida inmortal, gloriosa, nueva, en los reinos nocturnos de la muerte, el orto de un nuevo sol en los terrores de la oscuridad y la noche. Es la apertura de una brillante y noble ruta al cielo que había estado cerrado y sellado sin la menor esperanza. El rapto entusiasta de Pablo no es un impulso, sino que nace del hecho más glorioso y divino, un hecho sólido como el granito del cielo y arrebata con la bienaventuranza y hermosura del cielo.

La resurrección de Cristo no sólo quita la oscuridad y temor de la tumba, sino que es un puente sobre el abismo que nos separa del mundo de los muertos, y nos da fuerza y la esperanza de una gloriosa reunión ante la misma separación más penosa.

La resurrección de Jesús nos asegura y modela nuestra resurrección; las dos van juntas. La no-resurrección del cuerpo relega a Jesús de nuevo a la tumba. El grito triunfante de Pedro planta la flor de la inmortalidad y la vida en cada tumba donde la fe ha obrado esta obra maravillosa.

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo. En la cual vosotros os alegráis» (1.^a Pedro 1:4-6).

La esperanza presta su brillo a la noche de la tumba, y llena de gozo inmortal el corazón en que ha tenido lugar la resurrección de Jesús. Hemos salido de la tumba porque Jesús salió de su tumba. Nuestras tumbas quedarán vacías de nuestros cuerpos, porque la tumba de José quedó vacía en la mañana del día tercero. Hay una relación inevitable, insuperable entre la resurrección de Jesucristo y la resurrección de nuestros cuerpos.

La resurrección de Cristo es la seguridad y tipo de la nuestra —su cuerpo que murió, El mismo y no otro, es el que se levantó. Nuestros cuerpos, los que llevamos ahora, los mismos que ponemos en la tumba, serán levantados y formados en cuerpos gloriosos. Su resurrección quita a la muerte su tiranía y aguijón, destruye los temores y vence su dominio, trae a los ángeles al lado de nuestra tumba, pone esperanza e inmortalidad en las ruinas de esta tumba. Su resurrección consigue para nosotros un camino a través del dominio oscuro de la muerte; por El la corrupción se viste de incorrupción, lo mortal se viste de inmortalidad. La muerte es absorbida, el canto victorioso resuena en nuestros labios y la muerte pasa a ser un día de coronación.

CAPITULO IV

Cristo, las primicias de la resurrección

Nunca hubo una edad en que fuera más necesario proclamar los sucesos que, no sólo implican, sino que prácticamente prueban la resurrección del cuerpo, y que no sólo subieren, sino que confirman, la enseñanza de la Iglesia con referencia al futuro estado. La evidente tendencia de las especulaciones de nuestro tiempo es disimular, modificar, o negar este hecho.

OBISPO ELLICOTT

En la persona de Jesús, sus actos y enseñanzas, la muerte tiene un lugar conspicuo y esencial. No podía ser de otra manera. La muerte tiene un reino imperioso sobre la raza que Jesucristo vino a redimir. No podía haber redención del hombre sin una invasión de los reinos de la muerte. No hay luz del sol en la humanidad mientras las nubes y la noche de la muerte cuelguen espesas, ni asomará la primavera con sus flores mientras el invierno de muerte sople su cierzo y extienda su escarcha. El Emancipador debe romper los grilletes y cadenas que nos esclavizan. Respecto a su venida y de sí mismo el profeta de antaño declaró: «Los rescataré del poder de la tumba; los redimiré de la muerte; oh muerte, ¿dónde están tus plagas?; oh tumba, ¿dónde está tu destrucción?» Una época frívola que de modo temerario pisa el borde del agnosticismo y el suicidio, puede no sentirse afectada por la muerte, su misterio y su temor, pero una época seria abrirá sus ojos y se enfrentará con la muerte de modo sobrio en oración, reconocerá y lamentará su dominio, como rey del terror, plaga y sarpullido de la tierra. Jesucristo vino a enfrentarse con la muerte, a luchar con ella, a dismantelar su imperio, a quitar la corona a su rey hasta que cada uno de los prisioneros de Cristo grite: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?»

Jesús tiene en su persona la muerte de la muerte. De modo resolutivo declara: «Si un hombre guarda mis palabras, no verá la muerte.» Dijo en presencia de una muerte que había desolado el hogar de un amigo y llenado de aflicción todos los corazones: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí no morirá para siempre.» Dio testimonio de la riqueza y gloria de su triunfo sobre la muerte: «Yo soy el primero y el último, y el que vive; y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apocalipsis 1:17, 18).

¿Qué nos dice Jesús, el gran Maestro enviado por Dios para enseñarnos las grandes cosas de Dios sobre la resurrección del cuerpo de la muerte? Al levantar a los muertos nos declara en acto un hecho claro e indudable: su capacidad de levantar a los muertos, y nos muestra la posibilidad y anima la esperanza de la resurrección. «Aconteció después que él iba a una ciudad llamada Naín, y marchaban juntamente con El bastantes de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, y ella era viuda, y estaba con ella un grupo considerable de la ciudad. Cuando el Señor la vio, fue movido a compasión sobre ella, y le dijo: "No llores." El se acercó y tocó la camilla mortuoria, y los que lo llevaban se detuvieron, y El dijo: "Joven, a ti te digo, ¡levántate!" Entonces el muerto se incorporó y comenzó a hablar, y El se lo dio a su madre. El temor se apoderó de todos y glorificaban a Dios, diciendo: "Un gran profeta ha surgido entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo» (Lucas 7:11-16).

¿No hay en este cuadro la doctrina de la resurrección de los muertos? No es una profecía, es más una promesa de que la muerte en todas sus formas será vencida.. ¿Vivirá Cristo y reinará la muerte? ¿No nos da este gran milagro esperanza de que El es el Señor de la muerte? ¿No podemos decir, mirando con asombro este despliegue de poder de Jesús: «Mi carne descansará en esperanza?»

En su camino a casa de la hija de Jairo para curar a su hija, y mientras se detuvo un poco para curar a una mujer con flujo de sangre: «Todavía estaba El hablando, cuando de casa del dirigente de la sinagoga llegan unos diciendo: "Tu hija ha muerto; ¿por qué molestas aún al Maestro?" Pero Jesús, no haciendo caso de lo que se hablaba, le dice al dirigente de la sinagoga: "No temas, cree solamente." Y no permitió que nadie le acompañase, excepto Pedro, Jacobo y Juan el hermano de Jacobo. Llegan a la casa del dirigente de la sinagoga, y allí observa el alboroto, y a los que lloraban y daban grandes alaridos; y entrando, les dice: "¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino que duerme." Y se reían de El. Pero El, después de echar

fuera a todos, toma consigo al padre de la niña y a la madre, y a los que estaban con El, y entra adonde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: "Talita cumi, que traducido significa muchacha, a ti te digo, levántate." Y en seguida se levantó la muchacha, y se puso a caminar, pues tenía doce años. Al instante, quedaron fuera de sí, llenos de asombro. El les dio órdenes estrictas de que nadie se enterara de esto, y dijo que le dieran a la niña algo de comer» (Marcos 5:35-43).

Otra prueba de su dominio sobre la muerte es que tiene las llaves de la muerte y el hecho de que el mejor amigo de los hombres, tiene poder sobre su peor enemigo. Tiene lo que nos da esperanza sobre la muerte, que cede tan fácilmente al poder de Cristo.

El otro relato de la resurrección de un muerto es el de Lázaro. Este es la corona de sus milagros. Marta confesó su creencia en el hecho de la resurrección general de los muertos. «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el último día.» Le dijo Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque haya muerto vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» ¿No nos dan estas palabras, unidas a la acción de Jesús, una garantía, prácticamente, de que Jesús romperá el dominio de la muerte y traerá luz e inmortalidad en la tumba? «Y Jesús alzando los ojos a lo alto, dijo: "Padre, gracias te doy por haberme oído. Ya sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que Tú me has enviado." Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: "¡Lázaro, sal fuera!" Y el que había muerto salió. atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: "Desatadle, y dejadle ir."» A cuántos otros resucitó Jesús de los muertos no se nos dice. Parece una demostración de la divinidad de su misión.

El que levantara de los muertos a estas personas no sólo es una prueba de la divinidad de su misión, sino que repetimos que son proféticas y proclamatorias a la raza humana de que se verá libre del más fiero de sus enemigos: la muerte.

Además de estos actos, que son heraldos de la liberación de los encarcelados en la prisión de la muerte, Jesús enseñó en lenguaje expreso la resurrección de los muertos. Su actitud hacia la muerte fue de oposición total y cerrada. Vino como representante de la vida y para dar vida; para que el hombre pudiera tener vida y tenerla en abundancia, una vida no ensombrecida por la muerte, una vida en que la muerte fuera desconocida. En contraste y oposición a Adán, era el Espíritu que daba vida. «De cierto, de cierto os digo que si un hombre guarda mis palabras, no verá la muerte.» Otra vez nos referimos a las maravillosas palabras que usó en presencia de la muerte, y teniendo ante sus ojos las lágrimas en las mejillas de los presentes: «Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en Mí, aunque haya muerto vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente.» Estas palabras hallan su verdad más elevada en esto: que en su misma persona había fuerzas y principios hostiles y destructivos de la muerte, y que, como El vive, la muerte ha de morir. Las palabras de Pablo son un resumen de este gran propósito. «La aparición de nuestro Señor Jesucristo, que ha abolido la muerte, y ha traído vida e inmortalidad a la luz.» La Epístola a *os Hebreos afirma esta misma gran verdad: que en el Señor Jesucristo, su persona y su obra, estaban alojadas las fuerzas poderosas que habían de traer libertad universal de la muerte. «Así que, por cuanto los hijos han llegado a tener en común una carne y una sangre, El también participó igualmente de lo mismo, para, por medio de la muerte, destruir el poder al que tenía el imperio de la muerte, esto es al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda su vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:14, 15).

CAPITULO V

Invasión de los reinos de la muerte

No soy tan ignorante del carácter y tendencia de la época en que vivimos como para estar sin preparación para la clase de comentarios que la interpretación literal del evangelista puede producir, o intentar contestarlos. Delirios visionarios, caprichos anticuados, basura trascendental y otros semejantes los voy a poner de lado.

S. T. COLERIDGE

La actitud de Jesucristo respecto a la doctrina de la resurrección de los muertos es de familiaridad y naturalidad. En el capítulo seis de Juan trata de este gran hecho básico de una manera que muestra su gran autoridad: «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, que me envió: Que de todo lo que me ha dado, no pierda Yo nada, sino que lo resucite en el último día.»

Esta resurrección la pone como el propósito declarado de Dios, que El los levantará en el último día. Esto era imperativo si había que ejecutar el plan de Dios. El punto culminante de los propósitos de Dios para Jesucristo es que levantara a los muertos. Otra vez vuelve a este gran pensamiento, propósito y hecho: «Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en El, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día» (Juan 6:39).

Otra vez repite la expresión y declara que esta es su misión. Para esto le ha enviado el Padre. En Jesús hay el poder de la resurrección. «Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae; y Yo le resucitaré en el último día» (Juan 6:44). Y de nuevo vuelve a hacer esta importante afirmación: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día» (vers. 54).

La muerte y el que tiene poder sobre ella —a saber, el diablo— son los enemigos de Jesucristo. Es con ellos que tiene entablada la lucha. El mismo declaró que era la resurrección y la vida, y por ello la muerte, en todas sus formas y en todo lugar debe ceder ante Cristo. Insistimos en el hecho de que El es vida: «El que guarda mis palabras nunca verá la muerte.» «El que vive y cree en Mí, no morirá eternamente.» «Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que estoy vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.» «He venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia.» Jesucristo es la fuente de energía inmortal, y por su carácter es el enemigo y destructor de la muerte. Es coigual al Padre, y como El eterno, y vierte sobre este mundo la vida plena del Padre. «Porque el Padre al Hijo, y le muestra todo lo que El hace; y le mostrará mayores obras que estas para que vosotros os admiréis. Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida así también el Hijo da vida a los que quiere. Pues ni aun el Padre juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de la muerte a la vida. De cierto, de cierto os digo: Llega la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo; y también le dio autoridad de ejecutar juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre» (Juan 5:20-27).

«No os asombréis de esto; porque va a llegar la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28, 29). Había hecho grandes afirmaciones sobre la vida, la vida eterna y una resurrección espiritual; viendo su asombro, les declara aun una maravilla mayor: la resurrección del cuerpo de la tumba como la secuela inevitable de la vida en su Padre en Sí mismo. Todos saldrán —la muerte no los retendrá más, y la tumba entregará a sus prisioneros. Todos saldrán, ni un cuerpo quedará, ni un átomo de polvo de una tumba que no reciba el contacto y la resurrección de vida. Jesucristo Jes dice a sus discípulos que cuando El venga en la gloria de su Padre con sus santos ángeles dará su galardón a cada uno conforme a sus obras. Para que esto sea posible tiene que haber la resurrección.

La transfiguración de Jesús es uno de los hechos típicos de la resurrección del cuerpo; no sólo de un cambio glorioso, sino de una vida renovada del cuerpo y del día del juicio general. La presencia de Moisés y Elías allí fueron los trofeos, pues aparecieron en la gloria del poder de resurrección de Cristo. Es una profecía clara y un augurio del futuro del cuerpo fuera del poder destructor de la muerte. Moisés y Elías aparecieron en esta hora como primicias de la gloria de la resurrección. Es digno de notar que es aquí, como en el continuo ministerio de Cristo que el cuerpo, este cuerpo de nuestra humillación, tiene su señal y garantía de una gloria futura.

«Los resucitaré en el último día.» Estas repetidas palabras requieren mayor y más grave consideración. Habrá un día, un día glorioso en la historia del mundo. El tiempo dejará de ser. La eternidad, la eternidad sin cambio empezará una nueva historia para el hombre. Pablo la llama: «el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios», el día en que «los muertos, grandes y pequeños, se presentarán delante de Dios». Los muertos serán resucitados, de los magníficos panteones urbanos, o de los silenciosos y olvidados camposantos de aldea, desde las profundidades del océano, desde cuevas y abismos, desde el Hades cuyas ondas y fuegos nos hablan de nuevos horrores. Este es el día en que Cristo resucitará a los suyos muertos, cuando su último enemigo, la muerte, será destruida.

«¡El último día!» ¡Día del poder y gloria de Dios! Día de terror y de alarma para el incrédulo e impenitente, día de su condenación eterna. Día de renombre y gloria para Jesucristo y de infinito consuelo para todos sus santos. Infinito en su medida y su consuelo. Este último día es un día que ha sido marcado y decretado por Dios.

CAPITULO VI

El poder de resurrección que hay en Jesucristo

El poder de Dios hace posible que haya resurrección; las Escrituras dan la seguridad de que habrá resurrección.

Matthew Henry

Si conocierais el poder de Dios, sabríais que puede hacerlo, y si conocierais las Escrituras, sabríais que lo hará.

OBISPO HORNE

En las lecciones que el Señor Jesucristo enseñó a los suyos respecto a la forma de comportarse en diversas ocasiones insiste en que no haya orgullo en ellos. Por ello les da los siguientes consejos.

«Cuando tú haces comida o cena no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar y tengas ya tu recompensa. Antes bien cuando hagas banquete llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás dichoso porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.»

(Lucas 14:12-14)

La resurrección de los muertos era un hecho aceptado en las doctrinas y enseñanzas populares de los judíos, bien conocido y enseñado constantemente en las escuelas de pensamiento y doctrina de los fariseos, enraizada en las enseñanzas del Antiguo Testamento, y en las escuelas de tradición ortodoxa. Al enseñar, Cristo aceptó la doctrina como verdadera y basó sus ministerios de misericordia refiriéndose al hecho de que éstos recibirán su recompensa para el tiempo: «De la resurrección de los justos.»

¡Todos los sucesos de esta vida han de tener referencia a la hora de la resurrección! Cuan digna y generosa, cuan llena de gravedad será una vida que informa todas sus acciones a la luz de la resurrección y del día del juicio. «Pero yo os digo, que cualquier palabra necia que hablan los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.» «Serás recompensado en la resurrección de los justos.» ¡Este es un hecho asegurado! ¡La verdad de todas las verdades! Mantengamos nuestra mirada puesta en esta gran hora. Rijamos nuestras acciones por sus reglas de justicia rectitud y verdad. Esperemos el galardón llevando un ministerio santo, humilde y generoso hacia los afligidos y menesterosos de la tierra, que no pueden recompensarnos; presentémosles a Dios como su seguridad, y consideremos el día de la resurrección como el día de recibir el galardón.

Las afirmaciones de Jesús son directas con respecto a la resurrección de los muertos. Los saduceos que no creían en la resurrección hicieron a Cristo una pregunta a fin de refutar la doctrina—En su respuesta Cristo afirma el hecho en oposición a los saduceos y eleva la doctrina por encima de los puntos de vista bajos y carnales de los fariseos, y también afirma que es fundamental a la naturaleza de Dios y que pertenece a las enseñanzas de Moisés.

«Acercándose entonces algunos de los saduceos, los cuales sostienen que no hay resurrección, le preguntaron, diciendo: "Maestro, Moisés nos escribió: 'Si el hermano de alguno muere teniendo mujer, y no deja hijos, que su hermano la tome por esposa, y levante descendencia a su hermano. Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Por último, murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?"» Y Jesús les dijo: «Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; pero los que sean tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque tampoco pueden ya morir, pues son como ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Pero, que los muertos resucitan, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.»

Esto dio oportunidad a Jesucristo para denegar la doctrina de la resurrección si no hubiera sido verdadera. En vez de hacerlo elimina de la doctrina los excesos farisaicos y confirma y pone de relieve por la Escritura y por el carácter de Dios, que se trata de algo espiritual y divino.

Esta es una ocasión importante. Se vierte luz sobre la doctrina de la resurrección para los que se oponen a ella. Sin duda esta pregunta había sido hecha antes a los fariseos y los había confundido. Los saduceos negaban la resurrección, la existencia de ángeles y espíritus. Aquí vienen diciendo que no hay resurrección, y lo mantienen en contra de nuestro Señor. Este les contesta: «No comprendéis las Escrituras que implican la resurrección, ni el poder de Dios, ante el cual todos estos obstáculos se desvanecen.» Nuestro Señor afirma aquí, en contra de los saduceos la existencia de los ángeles y nos revela la semejanza de nuestro estado futuro glorificado al estado presente de ellos. Los libros de Moisés eran la última y gran apelación en favor de la doctrina. La afirmación de la resurrección viene de los mismos libros a partir de los cuales habían construido sus objeciones. Nuestro Señor habla aquí del intento consciente de Dios al decir estas palabras. Dios pronunció estas palabras a Moisés consciente de la relación todavía presente entre El y Abraham, Isaac y Jacob. Jesús declara que están vivos todavía. Es una afirmación que no hubiera podido hacerse de un ser que ya había sido aniquilado en el pasado. Este es un gran testimonio en contra del llamado sueño del alma en un estado intermedio. La carga de la ley: «Yo soy el Señor tu Dios», contiene en simiente la inmortalidad y la esperanza de la resurrección.

En el presente estado del hombre, el matrimonio es un estado de cosas natural y ordenado. Los que son dignos de obtener la resurrección de vida ya no están bajo la ordenación del matrimonio, porque ya no pueden morir otra vez. No tendrán necesidad de sucesión ni renovación; vivirán para siempre. Son por su resurrección esencialmente participantes de la naturaleza divina, y no pueden morir más. Con respecto a aquél que habita la eternidad, el ser de todos está vivo, en cualquiera de sus cambios. (Alford: «Comentario sobre Mateo y Lucas.»)

¡De qué modo tan claro y sublime declara nuestro Señor la resurrección del cuerpo a partir de la relación de Dios con los patriarcas del pacto, tal como se muestra en la llamada de Moisés para su liberación de una esclavitud tan horrible y oscura como la muerte! Su liberación de la muerte y esclavitud de Egipto era el tipo y profecía de la gloria de la resurrección del dominio y tiranía de la muerte.

Nuestro Señor en esta ocasión, contestando la pregunta de los saduceos los hace callar; pero más allá de esto se halla la sublime lección sobre la gran doctrina de la resurrección del cuerpo, a partir de la llamada de Moisés, y despliega la verdad, libre de las manchas y servidumbre de la carne. La resurrección —la vida celestial— ha de ser una nueva vida basada en nuevas relaciones. Las instituciones de la familia terrestre no serán reavivadas en la vida resurrecta. Tienen sus usos divinos en la tierra, tienen su día aquí, pero no tendrán lugar en la eterna. La vida de los ángeles será allí su modelo. Los ángeles no nacen en familias; cada uno de ellos es separado, independiente. Así será nuestro futuro, individualizado e inmortal. No habrá casamiento allí; el matrimonio, la base de nuestras relaciones humanas, el factor principal del bienestar terreno, no existirá allí. Ni habrá muerte: la fuente principal de aflicción y de dolor tampoco se hallará allí. El matrimonio y la muerte son terrenales, no celestiales, pertenecen a la tierra, no al cielo.

CAPITULO VII

Dios es la seguridad; el día de la resurrección: día de pago

Si Jesucristo no hubiera hecho ninguna otra declaración que la siguiente: «No os asombréis de esto; porque va a llegar la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; más los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación», habría pronunciado un mensaje de extraordinaria importancia y que valdría el espléndido aparato de profecía y milagros con que su misión fue introducida y demostrada, un mensaje en el que los sabios de la humanidad deberían regocijarse, al hallar respuesta a sus dudas y descanso en sus pesquisas.

S. T. COLERIDGE

El resucitar a los muertos es uno de los grandes hechos distintivos, gloriosos y magníficos del evangelio, su gloria, su corona y su sello de divinidad. Si los muertos no se levantan, su cetro se desvanece, sus profecías fallan, su resplandor se empaña, su música se vuelve discorde. La resurrección es para el mundo el origen de toda visión de belleza, la mano del Señor. Si los muertos no se levantan somos los más dignos de lástima en el mundo. No tenemos con nosotros ni inspiración, ni visión, ni profecía, ni aun Dios. Este tema se repite por nuevas afirmaciones, figuras y tipos. Este tema hace cesar los suspiros, consuela al afligido, corrobora al débil, ilumina con fuegos de inmortalidad y de vida eterna la oscuridad de la tumba, es un puente sobre el abismo de la muerte, para la eterna reunión, el espíritu y el cuerpo en el cielo.

No será difícil hacer ver cuál es la importancia que tenía la resurrección del cuerpo en la predicación, experiencia, esperanzas y consuelo de los cristianos del Nuevo Testamento.

Jesucristo tenía en su persona el poder de la resurrección. Era la encarnación de la resurrección. Pero, fuera de su persona había el hecho de la resurrección. El poder en El, su resurrección aplicada, vuelve a la vida a todos los muertos. «Así como en Adán todos mueren, también en Cristo serán vivificados.» Cuan clara y fuerte es la afirmación sobre el Espíritu Santo en nosotros, cuyo revestimiento es la garantía y verdad de la resurrección, así como las arras del cielo. «Pero, si el Espíritu de Aquél que levantó a Jesús de entre los muertos está en vosotros, Aquél que levantó a Cristo de entre los muertos vivificará vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que está en vosotros.»

De modo que tenemos esto en común con la creación que nos circunda, que lucha y gime, y que en medio de sus gemidos posee la profecía de la palabra divina no es sino una figura de nosotros su resurrección. La naturaleza en esto dice que los que miramos el futuro con gemidos de opresión.

«Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la revelación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sometida a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sometió, en esperanza de que también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo esto, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos, pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguien ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, mediante la paciencia lo aguardamos.» (Romanos 8:19-25)

Esta es la profecía, poesía y flor del sistema de Cristo. El futuro es su gloria. La resurrección es la joya más rica del evangelio. El Santo Espíritu inspira la naturaleza y llena al hombre con la gloriosa esperanza de la resurrección. Cuanto más poder del Espíritu tenemos en nosotros, más profunda y segura es la convicción de su resurrección; y cuanto más rica, dulce y segura es la consciencia de nuestra salvación por la esperanza, más profunda la certeza de la adopción de estos cuerpos en la gloriosa familia del hogar celestial.

Los saduceos negaban la resurrección de los muertos. Lo que les irritaba y provocaba a unirse con los enemigos de los discípulos era el que los discípulos enseñaban y predicaban por medio de Jesús la resurrección de los muertos. La enseñanza apostólica y la predicación amplió la doctrina de la resurrección desde la resurrección personal de Jesús al hecho universal de la resurrección de los muertos. De la misma manera que Jesús había resucitado de los muertos, lo mismo todos los muertos resucitarían.

CAPITULO VIII

«En Cristo todos serán resucitados»

El escepticismo será siempre una desgracia o un defecto: una desgracia si es que no hay modo de llegar a la verdad; y un defecto si, aunque existan los medios de alcanzarla, somos incapaces de usarlos o nos negamos a ello.

THOMAS ARNOLD

La doctrina de la resurrección de los muertos fue subrayada por Pablo que la hace resaltar como la suma y esencia del evangelio. En Atenas —la ciudad escéptica, cultivada, orgullosa— Pablo declara este gran hecho. Trajo una nueva vida y una nueva esperanza al mundo pagano: «Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se indignaba al contemplar la ciudad entregada a la idolatría. Así que discutía en la sinagoga con los judíos y con los temerosos de Dios y en la plaza, cada día, con los que allí se encontraban. Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: "¿Qué querrá decir ese charlatán?" Y otros: "Parece que ^{es} predicador de divinidades extrañas; porque les predicaba el evangelio de Jesús y de la resurrección."»

El campo de Marte oyó las frases de Pablo: «Por tanto, Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día, en el cual va a juzgar a todo el mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos. Pero, cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban y otros decían: "Ya te oiremos acerca de esto otra vez"» (Hechos 17:16-18; 30-32)..

Ante el consejo judío declaró: «De esta esperanza y resurrección de los muertos soy llamado a declarar.»

El discurso de Pablo ante el gobernador romano Félix, fue una defensa personal, pero afirmada por la doctrina de la resurrección que él dijo era tenida por su principal delito: «Pero esto te confieso, que según el Camino que ellos llaman secta, así doy culto al Dios de mis padres, creyendo todas las cosas que están escritas en la ley y en los profetas; teniendo esperanza en Dios, la cual ellos mismos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos» (Hechos 24:14-15).

En el mismo discurso vuelve al tema: «O que digan estos mismos si hallaron en mí algún delito, cuando comparecí ante el sanedrín, a no ser este solo grito que lancé estando en medio de ellos: «Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros.»

Afirmó delante de Agripa que la doctrina de la resurrección de los muertos era la gran promesa de Dios a los padres, la promesa que les daba esperanza a ellos y esperanza y fuerza a él; y entonces deja atónito a su juez judío romanizado con esta pregunta: «¿Se juzga entre vosotros como cosa increíble el que Dios resucite a los muertos?» (Hechos 26:8).

La doctrina de la resurrección de los muertos era predicada y creída por todas partes como uno de los hechos primarios, y fundamentales del evangelio. Aparece en puntos aislados y también doctrinalmente. Está allí para dar poder a la existencia; fuerza a la exhortación y los mandatos:

•*Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo, y Dios que levantó al Señor, también a nosotros nos resucitará mediante su poder» (1 Corintios 6:14).*

«Pero, teníamos la sentencia de muerte sobre nosotros, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que levanta a los muertos.» Dice otra vez:

«Pero teniendo el mismo espíritu de fe conforme a lo que está escrito creí, por lo cual hablé, noso-sotros también creemos, por lo cuál también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús a nosotros también nos resucitará con Jesús y nos presentará juntamente con vosotros.»

(2.ª Corintios 4:13-14)

Algunos miembros de la iglesia de Corinto habían caído en el error respecto a la resurrección de los muertos. El capítulo quince de Primera Corintios está dedicado a refutar sus errores y al establecimiento de la verdadera doctrina. Allí el apóstol considera desde todos los puntos de vista. El hecho de la muerte tan universal y deplorable ^{es} centrado en Adán; el hecho de la resurrección, su verdad, autoridad y gloria, se centra en Cristo: «Porque ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos.

Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero, cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después, los que son de Cristo, en su venida. Después el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo principado, toda autoridad y potencia.. Porque es preciso que El reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el último enemigo que será suprimido es la muerte. Porque todas las cosas las sometió debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sometidas a El, claramente se exceptúa aquél que sometió a El todas las cosas. Y cuando todas las cosas le estén sometidas, entonces también el Hijo mismo se someterá al que le sometió a El todas las cosas para que Dios sea todo en ellos» (1.ª Corintios 15:22-28).

Pablo declara: «En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad» (1.ª Corintios 15:52).

Las siguientes declaraciones, majestuosas, consoladoras y luminosas, fueron hechas a los Tesalonicenses: «Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en El. Por lo cual os decimos esto por palabra del Señor: que nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.»

¡Qué lugar tiene la resurrección de los muertos en la predicación apostólica! ¡Qué consuelo y qué solaz hay en ella! ¡Cuan a menudo es repetida, reforzada para nuestra edificación y refrigerio! Qué rico mensaje fue el que recibió la Iglesia primitiva. Qué volumen lleno de inspiración y de belleza. ¡Pertenece al corazón de su fe; fue bruñido con la doble radiación de sus esperanzas; les hizo resistir los fuegos del martirio y las persecuciones más fieras que las llamas del martirio! Necesitamos tener estos hechos fundamentales presentados a nuestro ser espiritual como la sangre necesita hierro que la hace roja y fuerte y portadora de vida. Estos poderosos hechos, fuerza y energía han perdido para nosotros poder. Nuestra fe exige que seamos alimentados de nuevo por ellos. Tienen que ser para nosotros lo que fueron para los apóstoles: el resumen, tema y poder de su predicación. Deben ser el alimento de nuestra fe, la comida de nuestras almas, la nutrición de una fe gigante, la inspiración de una oración poderosa.

Estos hechos deben ser para nosotros lo que fueron a los primitivos cristianos: credo, experiencia, servicio. Deben ser nuestra canción, la base de nuestro testimonio. Hemos de reconocer que Jesucristo se levantó de los muertos, porque nosotros hemos sido levantados de la muerte del pecado en El. Hemos de saber que nuestros cuerpos se-rán levantados de los muertos por su Espíritu que está en nosotros, lo que nos da la seguridad y un anticipo del día de la resurrección.

Qué bendita esperanza la nuestra Mientras aquí en la tierra transitamos, Gustamos ya anticipadamente Los suaves placeres celestiales; Sentimos cerca la resurrección. Nuestra vida está escondida en Cristo, Y nuestros vasos, arcilla terrenal, Llenos, a rebosar, de su hermosa presencia.

CAPITULO IX

La resurrección: la esencia del evangelio

Estoy trabajando, aunque imperfectamente, para conducirlos (a mis estudiantes) a Cristo en la fe verdadera y devota. Considero toda la erudición que el hombre pueda conseguir de valor infinitésimo en comparación con el grado más humilde de su progreso espiritual. THOMAS ARNOLD DB RUGBY

La resurrección del cuerpo será universal y personal, general y particular, de todos, buenos y malos, o en el lenguaje de la Biblia: «Una resurrección de justos y de injustos.» Tendrá lugar en el último día y de un modo general. Jesucristo habla muy claro en su afirmación en cuanto al tiempo.

Declara su suprema lealtad al Padre y afirma: «He venido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió», y luego afirma la voluntad de su Padre con respecto a la resurrección: «Y esta es la voluntad del Padre que nie ha enviado, que de todos los que me ha dado ^{no} se pierda ninguno, sino que los resucite en el último día.»

Con qué gran solemnidad declara otra vez que la voluntad del Padre y su propia voluntad y propósito es levantar a todos los creyentes de entre los muertos en el último día. «Y esta es la voluntad del que me envió que todo el que ve al Hijo y crea en El, tenga vida eterna: y Yo le resucitaré en el último día.»

Lo combina con la afirmación de que el Padre los atrae, y que los atraídos serán resucitados «en el último día». «Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no le atrae; y Yo le resucitaré en el último día» (Juan 6:44). Y de nuevo repite que la corona de gloria será la resurrección en el último día: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día» (Juan 6:54).

Esta era la verdad aceptada de la resurrección afirmada por Marta, en su gran aflicción por la muerte de Lázaro: «Yo sé que resucitará en la resurrección del último día.» Otra vez usa Jesús la afirmación que pone la resurrección junto con el juicio: «El que rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzga: la palabra que Yo he hablado, ésta le juzgará en el último día.»

Estos hechos tremendos, el juicio y la resurrección están unidos en la Palabra de Dios. Constituyen sin duda una gran unidad en su importancia, en suceso y en significado. Pedro declara respecto a Cristo: «El cual ha sido puesto por Dios para juzgar a los vivos y a los muertos.» Pablo en su solemne encargo a Timoteo declara que Jesús juzgará a los vivos y a los muertos «al aparecer en su reino». Pedro en su Epístola dice:

«Pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a vivos y muertos» (1 Pedro 4:5).

No puede haber duda en las sencillas enseñanzas de Jesús y sus apóstoles de que estos dos hechos, la resurrección y el juicio van unidos:

«Por lo cual anhelamos ausentes o presentes serle agradables. Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno recoja según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.» (2 Corintios 5:9-10)

A los santos se les recuerda de modo especial que deben aparecer ante el tribunal de Cristo por las cosas que hayan hecho en el cuerpo. Pablo, procurando que mostremos compasión y amor en uestros juicios, interroga y recuerda a los cristianos: «Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo» (Romanos 14:10). «Así que no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que vengan el Señor, el cual sacará a luz también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de parte de Dios» (1.ª Corintios 4:5).

Para curar los corazones quebrantados, confirmar su fe, y para evitar el lamento excesivo por los muertos, Pablo exclama en Tesalonicenses: «Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en El. Por lo cual os decimos esto por palabra del Señor: «Que nosotros, los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que

vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.»

Con referencia al hecho de juicio general, así como a la venida de nuestro Señor, la resurrección de los muertos es considerada como precedente y se da por un hecho. Esto se declara en la parábola de los talentos, en la que el Señor regresa para pasar cuentas con sus siervos. Este propósito había sido declarado, y establecido desde el principio: «De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: "He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares"» (Judas Tenemos también la inimitable descripción de su venida hecha por Cristo, en el capítulo veinticinco de Mateo: «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con El, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de El todas las naciones y separará a los unos de los otros, como separa el pastor las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.»

Este doble propósito es establecido ante los inquietos Tesalonicenses, a los cuales se intima a que descansen y cobren aliento en el hecho de que el Salvador vendrá otra vez al mundo, y su venida será para ellos el fin de su aflicción, dolor y temor: «Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando sea revelado el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia, cuando venga para ser glorificado, en aquel día en sus santos, y ser admirado en todos los que creyeron» (2.ª Tesalonicenses 1:7-10).

«Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, al cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.

el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Apocalipsis 20:12-15).

«Por tanto, Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hechos 17:30, 31).

Todos estos pasajes del juicio son promesas de la resurrección de los muertos. La Biblia es explícita sobre este punto, no da vagas analogías, o sueños poéticos, sino afirmaciones claras declarando los hechos.

La resurrección será general, todos resucitarán al mismo tiempo, como declara Pablo: una resurrección de «justos y de injustos».

La resurrección es uno de los hechos incondicionales de Dios; tendrá lugar en todos, por más que no hayan creído en ella, hombres, mujeres y niños. Con respecto a este hecho alarmante y consolador, el que nosotros no lo creamos no invalida la verdad de Dios. Es inevitable e irresistible. Dios, que no puede mentir, lo ha prometido, y Jesús ha sellado la promesa con su resurrección.

Deberíamos familiarizarnos más con este hecho. Nos dará ánimo en los conflictos de la fe, dará consuelo a los tristes que carecen de todo otro consuelo, nos dará una dulce esperanza en la muerte, que destruye toda otra esperanza.

Es indudable, por desgracia que estos hechos vigorizantes de la Biblia no se nos dan como alimento, como un dulce sacramento, no entran en nuestra sangre como si fuera hierro, pues si así fuera, no seríamos llevados de acá para allá por toda la clase de vientos de doctrina y no seríamos presa de las tentaciones. Esta doctrina daría gozo a nuestros corazones, inspiraría nuestras esperanzas y nos elevaría por encima de las debilidades y desafiaría todo ataque.

Suscribimos la doctrina de las palabras del credo: «Creo en la resurrección de la carne», que fue enseñada ya por Dios a Moisés en la zarza ardiente, confirmada por el profeta y el apóstol, simbolizada y asegurada en la resurrección de Jesucristo. La aceptamos no porque entendamos su método, sino porque Dios lo ha declarado en su Santa Palabra. La resurrección de los muertos es uno de los hechos culminantes y más emocionantes de

la venida de Jesús. Los muertos han de ser levantados y Jesucristo viene a hacerlo: este suceso es demasiado importante y glorioso para delegarlo aun a los ángeles más grandes y poderosos. El Señor en persona viene del cielo, con un grito de triunfo y una llamada de autoridad a los cielos y a la tierra. Sonará la trompeta del arcángel y los muertos serán levantados primero, esto es, antes que el Señor atienda a ningún otro asunto. Los vivos ni son notados ni se les dice nada hasta que los muertos son despertados para gozar de sus honores. Abrazados en amor seremos luego todos arrebatados por el Señor en el aire, y estaremos siempre con el Señor. ¡Amén, así sea!

CAPITULO X

El juicio y la resurrección

Una estrella que cae no es aniquilada, sino que aparecerá otra vez como una franja de luz. Oh, bendita muerte, este puente de oro puesto por Cristo mi Señor entre la orilla de barro del tiempo y la orilla celeste de cristal. Tu sol ya ha descendido mucho; procura no estar lejos del cobijo de la noche. Uno a uno, vamos a salir de este gran mercado hasta que la ciudad quede vacía y los dos grandes recintos o cobijos, el cielo y el infierno quedaran llenos. ¡Oh, triplemente bienaventurados los que se aferran a Cristo con lágrimas y oraciones!

SAMUEL RUTHERFORD

La resurrección tendrá lugar. El mismo cuerpo que ponemos en la tumba volverá a salir. Esto es necesario para la resurrección. No será una evolución, no será una nueva creación, sino una resurrección, un levantarse otra vez a la vida, con el mismo cuerpo, en forma, substancia e identidad. El cuerpo es un ser, un departamento de la naturaleza maravillosa del hombre. Es separable de la otra parte del ser del hombre y será separado por la muerte. El cuerpo, su identidad y su ser, es sin la menor duda, bien delimitado, visible a los ojos, sensible al tacto, y mucho más visible, tangible y real para nosotros que el alma. Cuando la muerte separa el espíritu del cuerpo, Dios dice que volverá al polvo, y lo hará. Cuando Dios lo diga, el cuerpo saldrá de la tumba, del polvo, el mismo cuerpo que se puso en la tumba.

La Palabra de Dios enseña que el mismo cuerpo que ha vivido y muerto y ha sido depositado en la tumba será levantado, una resurrección literal, no una nueva creación. El cuerpo será levantado de la tumba y del polvo, un despertar después de un largo e ininterrumpido sueño.

El poder de Cristo sobre la muerte fue declarado en la resurrección de Lázaro y en su propio triunfo sobre la tumba. Estas fueron profecías, promesas y pautas de nuestra propia resurrección; y en cada caso, el mismo cuerpo que fue a la tumba fue el que salió de ella. Lo mismo será con nosotros.

La resurrección de un cuerpo idéntico al que fue puesto en la tumba es la doctrina de la Biblia. Esta resurrección literal es la piedra de ángulo de la revelación del Nuevo Testamento. No hay nada que indique más claramente nuestra defeción y descarrío que los puntos de vista actuales obre la resurrección, que hallamos entre predica'ores, maestros y cristianos en general. Muchos sustituyen la doctrina de Jesús por filosofías e imaginaciones. Respiramos nuestras opiniones religiosas en la atmósfera corrupta del racionalismo, en vez de hacerlo en la Biblia.

Hemos dejado a Isaías y David por Emerson o George Eliot; Pablo y Pedro no cuentan mucho.

Hemos renunciado a nuestra fe en aras a la filosofía, hemos reducido la revelación a la razón, nos hemos considerado no sólo más avisados, sino mejores que nuestros padres. Insistimos, pues, que la menor desviación de la doctrina bíblica de la resurrección en el levantamiento del cuerpo, es un descarrío con respecto a la Biblia y que disminuye la tenacidad y fuerza de nuestra fe personal.

«Creo en la resurrección de la carne», es el credo universal del cristianismo. La explicación ortodoxa de este punto del credo es, pues, resumida por el obispo Pearson: «Por tanto no podemos exponer este artículo de otra manera que afirmando que los cuerpos con los que hemos vivido y muerto vivirán otra vez después de la muerte y que la misma carne que está corrompida será restaurada. Toda alteración necesaria que se haga al cuerpo no será de su naturaleza, sino de su condición, no de la substancia, sino de sus cualidades; lo cual es una explicación conforme al lenguaje de la Escritura, de los principios de la religión, de la profesión constante de la Iglesia, en contra de los origenistas de antaño y los socinia-nos más tarde.»

La afirmación de la Biblia es directa, indudable en su sentido de que estos mismos cuerpos que han sido vehículos así como habitación para el alma, su socio y siervo, serán levantados. El hombre es cuerpo y alma, tanto lo uno como lo otro, y la doctrina bíblica insiste en la resurrección del cuerpo: este cuerpo, su identidad bien mantenida, y su polvo vuelto a la vida y la hermosura. Este mismo cuerpo, que ha participado tan plenamente de las tribulaciones y dolores de la vida terrenal, compartirá todos los triunfos o aflicción de la vida venidera.

En el octavo capítulo de Romanos, tenemos esta afirmación explícita: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús habita en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos morales por medio de su Espíritu que habita en vosotros» (Romanos 8:11).

En el capítulo cinco de Primera Tesalonicenses tenemos una oración que tiene estrecha relación con este punto: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1.^a Tesalonicenses 5:23). El cuerpo ha de ser santificado, puesto aparte en todos sus usos y miembros para Dios, sellado como propiedad suya; y en este caso preservado irreprochable para la venida de nuestro Señor, sin ningún motivo digno de censura; puro, libre de reproche.

Tenemos la palabra «preservado» que significa guardado, vigilado. ¿Quién ha de guardar al espíritu? Dios. ¿Quién ha de guardar al cuerpo? Dios. Guardarlo hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Dios ha de guardar el cuerpo, lo mismo que guarda el espíritu. De modo que Dios guardará el polvo durmiente del cuerpo del creyente hasta que vuelva Jesús y entonces lo traerá. El alma, el espíritu, el cuerpo, todo guardado por el poder de Dios hasta que Jesús vuelva. El significado simple y corriente de la Escritura es que el mismo cuerpo será levantado de la tumba. No habría ningún acento triunfante, ningún triunfo tendría lugar, si el cuerpo no fuera librado de la muerte! «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Y dónde, oh sepulcro, tu victoria?» No sería apropiado ni tendría sentido; pero, ¡cuan apropiadas son las notas de emoción y de victoria para un cuerpo que fue depositado en la tumba, humillado por el enemigo, la muerte, y que ahora ha sido liberado y es victorioso! El punto de vista bíblico y ortodoxo ha sido casi totalmente acorralado por la teología moderna. Lo siguiente es quizás una muestra de la opinión considerada por muchos. Es la idea moderna: «La doctrina moderna repudia esta idea de una resurrección literal de la carne. Sin embargo mantiene que el espíritu tiene en otro mundo alguna forma de organismo por medio del cual actúa, y por el cual establece relaciones con el universo material. Lo que es este organismo y cómo opera nadie pretende saberlo.»

Swedenborg sostenía que hay en el cuerpo humano un cuerpo espiritual, y que este organismo espiritual se levanta al morir, de modo que el alma no ha sido todavía revestida del tabernáculo inmortal. Esta es una forma moderna de la doctrina de la resurrección del cuerpo. En pocas palabras, pues, una de las formas modernas de la doctrina de la resurrección de la carne, en cuanto esta doctrina es defendida en alguna forma inteligente, es que el espíritu tiene en la otra vida un organismo espiritual y que este organismo espiritual tiene alguna forma de relación, aunque no esté bien comprendida, con el organismo material que posea en la tierra.

CAPITULO XI

No otro cuerpo, sino el mismo cuerpo

Suponiendo que el agente vivo que cada hombre se considera ahora a sí mismo es un solo ser, no es más difícil concebir que podamos más tarde animar este mismo cuerpo u otro nuevo modificado y organizado, como concebir el que ahora podamos animar un cuerpo como el que tenemos ahora.

OBISPO BUTLER

Hay dirigentes eclesiásticos que siguen adheridos a la doctrina de la resurrección literal y que han adoptado la idea moderna. La idea moderna es esencialmente racionalista. No tiene respeto especial por la revelación, ni gran reverencia por la autoridad. La idea moderna dice que tiene su punto de partida de la Biblia, pero tergiversa los hechos y principios bíblicos. Puede pasar de nombre por una doctrina bíblica, pero destroza la doctrina, le quita las entrañas, la deja vacía, sin contenido, un mero nombre. Nadie que conozca este asunto puede ignorar el hecho de que este racionalismo, amparándose en ideas modernas, afecta los fundamentos de granito de la verdad de Dios.

Hay doctrinas, que la sabiduría y la fe de la Iglesia había solidificado en dogmas axiomáticos, que son cambiadas por un proceso de transformación del pensamiento moderno, de tal forma que no queda nada esencial de la doctrina original. La nueva forma ha cambiado no sólo la apariencia externa, sino que ha sido también enteramente cambiado el corazón de las preciosas verdades. Es sorprendentemente extraño lo extendidas que están ideas falsas sobre Cristo, su expiación, la resurrección de los muertos y el juicio eterno. Estos puntos de vista perniciosos se encuentran en la literatura, los comentarios, la exposición; están adornados con garbo atractivo y se encuentran en tantos sitios, que se introducen en nuestro pensamiento antes de que nos demos cuenta de ello, y tenemos un conocimiento de la Biblia tan superficial que no distinguimos el fraude. Son endosadas así opiniones que habían sido antes rechazadas por el cuerpo básico de creyentes como no escriturarias.

Es uno de los problemas de esta edad el descubrir por medio del cual las corrientes cristianas ortodoxas, purificadas profundizadas y robustecidas por la piedad confluyente de las edades han podido perderse y emponzoñarse entre los bajos y arenales de lo que en siglos pretéritos ya había aparecido como herejías de la peor clase.

Estas ideas modernas no son modernas, por más que se pongan este marchamo. Son casi tan viejas como el cristianismo, y son tan heterodoxas hoy como antes. No nos opondríamos a ellas porque son nuevas, ni las rechazaríamos porque son viejas, llenas de canas. No le damos importancia a una idea por el hecho que sea moderna. Tampoco por ser vieja. Lo que sí es importante es si es bíblica. Lo viejo o lo nuevo lo medimos por este standard infalible; y sea nuevo o viejo, si está en desacuerdo con la Biblia, sea Anátoma, y el que la acepta participa en pecado.

¿Es esta idea moderna la idea de la Biblia? ¡Cuan vaga y borrosa es esta idea moderna de la resurrección! ¡Qué raro que la razón rechace como indigna de crédito la declaración bíblica sobre la resurrección, y en cambio se trague ávidamente las vaguedades contenidas en la idea moderna! La idea bíblica de la resurrección del cuerpo es el hecho de una resurrección literal del cuerpo. La Biblia declara que nuestros cuerpos son parte de nosotros, que están incluidos en el plan restaurador de la gracia, que son partícipes, con el espíritu, en este curso terreno de fe o desobediencia, y que comparten sus honores o reproche en el futuro eterno.

La restauración de los mismos cuerpos que ponemos en la tumba es la doctrina de la que está impregnada la Biblia desde el principio al final. Todas sus verdades están saturadas de esta gran doctrina. El mismo cuerpo que se pone en la tumba es el que saldrá. Su debilidad recibirá energía inmortal. Su corrupción recibirá incorrupción. Esta doctrina consoladora, llena de encanto, de esperanza invencible, que ha sido el sostén de mártires y santos, que ha apagado el ardor de sus fieras hogueras, que ha vivificado su fe, enjugado sus lágrimas, aliviado la amargura de la muerte, y les ha permitido el triunfar sobre la tumba, esta doctrina, que es aceptable a la razón como a la fe, al parecer ha de ser abandonada por la moderna, que para el cristiano vigoroso tiene el mismo valor práctico que una de las fábulas de Eso-Po.

El nombre bíblico para la doctrina es «resurrección», que significa levantarse otra vez después de una caída — el levantarse de una cosa que ha caído, no el levantar otra cosa— y esta es la idea que la Biblia nos presenta constantemente.

No sólo queda implicada la doctrina de la resurrección del cuerpo en la doctrina general del juicio, sino también el hecho de que se trate del mismo cuerpo. No podría presentarse un nuevo cuerpo a juicio, porque no sería responsable de nada; es el cuerpo antiguo que fue testigo y partícipe en las transacciones vitales que ha de presentarse al juicio. El juicio se dice que es de los vivos y de los muertos. «Y nos mandó que predicáramos al mundo, y que testificáramos de que El ha sido ordenado por Dios para ser el juez de los vivos y de los muertos.» Pablo escribe a Timoteo: «Te encargó solemnemente delante de Dios y del Señor Jesucristo, que va a juzgar a los vivos y a los muertos...» (2.^a Timoteo 4:1). Los muertos representan los que han sido puestos en la tumba. Isaías predicó la resurrección de estos mismos cuerpos. Se le ha llamado el profeta evangélico porque vio estas gloriosas doctrinas de tiempos posteriores al suyo de modo tan claro. Dice: «Tus muertos vivirán, junto con este mi cuerpo muerto se levantarán. Levántate y canta, tú que yaces en el polvo; porque tu rocío es como rocío de hierba, y la tierra entregará sus muertos.»

Los muertos vivirán. Sólo el cuerpo muere; el cuerpo ha de vivir. Con la resurrección de Cristo como pauta y poder, resucitarán. El que yace en el polvo se levantará y cantará; el cuerpo sólo es el que ha pasado a ser polvo. El cuerpo en el polvo es el cuerpo que se levantará. La tierra devolverá sus muertos. La tierra no retiene nada más que el cuerpo; el espíritu nunca ha sido aprisionado por la tierra ni ha sido ensuciado por el moho. La tierra retiene nuestros cuerpos. La autoridad de la resurrección quebrantará este dominio y estos prisioneros de esperanza resurgirán.

CAPITULO XII

Una resurrección literal: La enseñanza bíblica

Andamos constantemente entre portentos y milagros no menos admirables que muchos de los puntos de la fe que un naturalista no quiere admitir. Porque las huellas de la Omnipotente Sabiduría están en todo lo que vemos y oímos; y en esto consiste la ceguera de la humanidad; que no mira con diligencia en las cosas que ocurren de modo ordinario, sino que las considera rutina sin fijarse en ellas.

LORD HALE

La resurrección del cuerpo —del mismo cuerpo que ponemos en la tumba— es la piedra angular de todo el sistema cristiano. Contra esta doctrina se han lanzado denodados asaltos por la incredulidad. La filosofía tiene la doctrina como algo irrisorio y despreciable, irracional e imposible. El primer descarrío de la fe cristiana fue la negación de la resurrección. No hay ninguna doctrina de todo el sistema de Cristo que ponga a prueba de modo tan severo la autenticidad y solidez de la fe como la creencia en este hecho cardinal. Satán, generalmente, consigue abrir la primera brecha en este punto. El empezar a ceder en este punto destruye los fundamentos. Richard Wat-son, cuyas «Instituciones Teológicas» han sido la escuela de los pastores metodistas durante un centenar de años, trata del asunto de la resurrección del cuerpo de manera magistral, con la fuerza de un filósofo, la simplicidad y franqueza de la fe de un niño, y lealtad estricta a la verdad de Dios. Dice:

«En este estado glorioso y feliz, aunque intermedio, los espíritus fuera del cuerpo de los justos permanecerán en gozo y felicidad con Cristo hasta el día del juicio general, cuando habrá otro despliegue de los efectos de gracia de nuestra redención por Cristo en la forma de la gloriosa resurrección de sus cuerpos a una vida inmortal, distinguiéndose de esta forma de los malos, cuya resurrección será para "vergüenza y reproche para siempre", o lo que se puede llamar de modo enfático, una muerte inmortal.»

No aparece ningún punto de discusión de importancia sobre este tema en los que admiten la verdad de la Escritura, excepto en la forma en que hay que entender la doctrina de la resurrección del cuerpo; o bien si es una resurrección de la substancia del cuerpo, o bien de una parte pequeña e indestructible del mismo. La última teoría fue adoptada a fin de evitar algunas supuestas dificultades. No puede dejar de impresionar al lector imparcial del Nuevo Testamento, sin embargo, que la doctrina de la resurrección se enseña en el Nuevo Testamento sin ninguna de estas sutiles distinciones. Se ha presentado como una obra milagrosa, y representa el mismo cuerpo que fue depositado en la tumba, como objeto de este cambio desde la muerte a la vida, por el poder de Cristo. De la misma manera, nuestro Señor fue levantado en el mismo cuerpo en que había muerto, y su resurrección es presentada constantemente como un modelo de la nuestra; y el apóstol Pablo lo expresa así: «El cual cambiará el cuerpo de nuestra bajeza para que sea hecho conforme a su cuerpo glorioso.» El único pasaje de la Escritura que parece favorecer la noción de que nuestro cuerpo inmortal pueda aparecer de un germen indestructible es 1.^a Corintios 15:35, donde dice: «Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán? Insensato, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otra cosa; pero Dios le da un cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo.» Sin embargo, si la intención del apóstol al presentar este punto de vista aquí hubiera sido contrarrestar las objeciones a la doctrina de la resurrección que resultan de las dificultades para concebir cómo el mismo cuerpo, en el sentido popular, puede ser levantado en substancia, en este caso, podríamos esperar que para corregir esta objeción siguiera declarando que esta resurrección del mismo cuerpo no era la doctrina cristiana, sino que era de alguna fracción sólo, quizá pequeña como un germen de semilla, del que el cuerpo sería desarrollado y perfeccionado en el día de la resurrección. Lo que hace el apóstol, en cambio, es recordar inmediatamente al que objeta, las diferencias que hay entre los cuerpos materiales como existen ahora: entre la planta y su semilla; entre una planta y otra; en la carne de las personas, animales, peces, pájaros; entre los cuerpos celestiales y terrenales; entre las grandes luminarias del cielo y las pequeñas. Sigue luego afirmando la diferencia no entre el germen del cuerpo levantado y el cuerpo recibido en la resurrección, sino entre el cuerpo mismo, entendido de modo popular,

que muere, y el cuerpo que será levantado. «Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.» Lo cual no sería verdad del supuesto incorruptible germen de la hipótesis; y puede afirmarse sólo del mismo cuerpo, considerado en substancia, y en su presente estado corruptible. Además, la pregunta presentada por el objetor: «¿Cómo son resucitados los muertos?» no se refiere al modo en que se efectúa la resurrección, o sea, al proceso o manera en que las cosas han de ser efectuadas, como los defensores de la hipótesis del germen parecen suponer. Esto se ve en la respuesta del apóstol, el cual sigue inmediatamente afirmando, no en qué manera la resurrección ha de ser efectuada, sino cuál será el estado o condición del cuerpo resurrecto, que no es una respuesta en absoluto a la pregunta, por lo menos considerada en aquel sentido.

La primera de las dos preguntas en el pasaje mencionado se refiere a la posibilidad de la resurrección, «¿cómo resucitarán los muertos?»; la segunda a la clase de cuerpo que recibirán, suponiendo que se acepte el hecho. Las dos preguntas, sin embargo, implican una negación del hecho, o por lo menos expresan una fuerte duda respecto al mismo. Este «cómo» de la primera pregunta expresa la duda de que lo que dice el verbo que sigue tenga lugar. En cuanto a la segunda pregunta expresa la misma duda anterior pero de modo más particular al implicar que el que objeta no puede concebir que se pueda restaurar al nombre ninguna clase de cuerpo sin que esto no dé lugar a un mal o imperfección en el hombre. Porque la verdadera razón por la que muchos cristianos de aquella época negaban o dudaban seriamente de la resurrección del cuerpo, explicándolo de modo figurativo, era la influencia de la noción prevalente en algunas escuelas filosóficas de entonces de que el cuerpo era la prisión del alma, y que la mayor liberación que el hombre podía experimentar era ser librado eternamente de su relación con la materia. De aquí las primeras sectas filosóficas en la historia de la Iglesia primitiva, los agnósticos, los marcionitas y otros, que negaban la resurrección basándose en los mismos puntos que los filósofos, y que pensaban que se oponía a la perfección de que esperaban gozar en el otro mundo.

Parece que había personas de estas ya en la iglesia de Corinto durante la vida de San Pablo, porque en este capítulo contesta a las objeciones de profesos cristianos, no de paganos, como se ve en el versículo 12: «¿Cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?» La objeción de estas personas a la doctrina de la resurrección de los muertos no consistía en que no podían admitir que el mismo cuerpo fuera el levantado (de modo que si este punto era eliminado y se admitía que el cuerpo salía de un germen, o cualquier otra doctrina, todo quedaba solucionado), sino que era una objeción más a fondo, al hecho de que tuviera lugar la reunión del espíritu con la materia otra vez, que ellos consideraban un mal. Así, pues, cuando el objetor pregunta: «¿Cómo resucitarán los muertos?» hay que entender, no que se inquiere sobre la forma de realizarse el proceso, sino sobre la posibilidad del mismo. La duda, pues, es en realidad una negación implícita de la posibilidad de la resurrección; y por tanto el ejemplo que pone Pablo con referencia al grano de trigo que se disuelve y pudre, puede ser entendido para demostrar que el suceso no tiene que ser inconcebible dada la omnipotencia de Dios, como lo demuestra la diaria providencia de cosas tan maravillosas e increíbles. En realidad, ningún cristiano entonces o ahora hubiera puesto en duda la Omnipotencia de Dios, y por tanto la posibilidad de que pudiera producir este efecto. A lo que se aludía era a la contrariedad existente para ellos en la doctrina de la reunión de alma y cuerpo y las altas esperanzas que tenían en una vida futura, que habían aprendido conjuntamente de la razón y la forma de revelación que se les había enseñado. La segunda pregunta: «¿Con qué cuerpo resucitaremos?» Como la primera, no es una pregunta para inquirir, sino para negar, o por lo menos proyectar dudas serias, implicando que el objetor no podía concebir que ningún cuerpo material pudiera pasar a ser la morada de un espíritu desencarnado, sin que ello alterara las nociones de liberación de la servidumbre de corrupción por la muerte que la filosofía de la edad les había enseñado y que el cristianismo no había desaprobado.

Las dos preguntas, por tanto, aunque distintas vienen a tener el mismo sentido, y es explicar el por qué el apóstol hace énfasis sobre la segunda, aunque en realidad contesta las dos. El grano echado en el suelo aunque muere y es corrompido, y el grano que se siembra, «no es el cuerpo que ha de salir», en su forma y calidad, sino que es «el grano desnudo»; sin embargo, aparece luego en forma de planta, en forma perfecta, a pesar de haberse originado de la misma materia del grano inicial imperfecto. Lo mismo diremos de la carne de animales, pájaros, peces y del hombre: vemos en ellas un grado diferente de cualidad y perfección. Lo mismo los cuerpos celestiales, que son de la misma materia que los «cuerpos terrenales»; y las espléndidas luminarias

de los cielos son en sustancia lo mismo que las inferiores aunque su resplandor sea muy otro. Con ello el apóstol alcanza su conclusión, para mostrar que la doctrina de nuestra reunión con el cuerpo no implica imperfección alguna en sí, es decir, no hay nada contrario en ella a nuestras esperanzas de liberación de «la carga de esta carne» a causa de las altas y glorificadas cualidades que el Señor impartirá a la materia, de lo cual es una demostración visible la comparación que hace entre la pureza, esplendor y energía de algunas de las cosas materiales de este mundo con la pureza y esplendor de algunas otras cosas.

Porque después que ha dado estos ejemplos, añade: «Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder, se siembra en cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual», llamado así, «el cual estará acomodado al espíritu y será en gran manera superior a lo que se requiere para la transacción de los asuntos terrenos». Tan decidido está el apóstol a desvanecer todas esas confusiones respecto a la resurrección del cuerpo que los objetores han asumido como la base de su oposición, y sobre las que habían adoptado actitudes radicales, que el apóstol previene al verdadero cristiano sobre este punto de la manera más explícita: «Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción»; y por tanto, no quiere que nadie afirme o suponga que esta idea se halla en sus argumentos ya que él no enseña esta doctrina. Esto también se confirma al mostrar que, en cuanto a los santos que están todavía vivos en el momento de la segunda venida de Cristo, ellos también serán transformados y esto corruptible, será revestido de incorrupción, y esto mortal será revestido de inmortalidad. (Véase versículos 52 y 53).

De modo que en la discusión el apóstol se limita completamente a la posibilidad de la resurrección del cuerpo en un estado glorificado y refinado; pero no hace ninguna referencia al modo en que esto será efectuado, pues considera que este punto no es lo que interesa al objetor y que esto es del todo incomprensible para el pensamiento humano y es totalmente milagroso. Por tanto, queda claro que cuando habla del cuerpo como objeto de este maravilloso «cambio» habla de ello popularmente como el mismo cuerpo en cuanto a sustancia, cualesquiera que sean las cualidades o figuras que les sean imprimidas. Sin duda experimentará grandes cambios generales, cómo de corrupción pasará a incorrupción, de mortalidad a inmortalidad; grandes cambios de una clase particular también tendrán lugar, como el ser librados de deformidades y defectos, y otras variedades accidentales producidas por climas, dolencias, trabajo, enfermedades hereditarias. Se nos dice también por parte del Señor que «en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles de Dios»; y esto implica un cierto cambio en su estructura; y podemos colegir de la declaración del apóstol que aunque hay órganos y funciones estrictamente materiales como «el estómago» ahora adaptado a satisfacer el apetito, esto son aspectos que no tendrán aplicación. Esto implica la eliminación de los mismos en la nueva forma.

Pero, aunque estos cambios serán muy importantes, la forma humana será retenida en su perfección, según el modelo del «glorioso cuerpo» de nuestro Señor, y la sustancia de la materia de la cual está compuesta no será alterada intrínsecamente. Que el que saldrá de ella es la doctrina manifiesta de las Escrituras.

CAPITULO XIII

La creencia en la resurrección es la piedra angular de la dispensación cristiana

La resurrección de los santos es llamada ta manifestación de los hijos de Dios, la gloriosa libertad de los hijos de Dios, la adopción, la redención de nuestros cuerpos. Es el gran jubileo de la Iglesia, y aun de la creación. Hasta entonces la primera, y también la segunda están sometidas a cierto grado de servidumbre, y también sujetas a los efectos del pecado. Pero entonces se cumplirá la promesa de Cristo: «Los resucitaré en el último día», y la liberación de los santos será la señal de la liberación de la creación.

REV. ANDREW FULLER

La noción de un germen incorruptible, o de un «stamen», original e inmutable, a partir del cual brotará en la mañana de la resurrección un nuevo cuerpo glorioso, parece que fue sacada de las especulaciones de algunos rabinos judíos que hablaban de una supuesta parte del armazón humano llamada «Luz» a la cual se adscribían propiedades maravillosas. De este germen iba a salir el cuerpo. Sin embargo, en los primeros padres no se halla ninguna referencia a esta opinión en sus defensas de la doctrina de la resurrección de los muertos. Al contrario, insisten de tal forma en probar la posibilidad de la reunión de las partes esparcidas del cuerpo que muestra de modo suficiente que la teoría del germen no había aparecido entre líderes cristianos por lo menos para armonizar la doctrina de la resurrección con la filosofía. Así. Justino Mártir, en un fragmento suyo respecto a la resurrección, expresa respuestas a la objeción de que es imposible que la carne, después de la corrupción y perfecta disolución de todas sus partes pueda volver a ser unida, y defiende que «si el cuerpo no es levantado completamente con todas sus partes integrantes esto sería un argumento en contra del poder de Dios»; y aunou algunos de los indios adoptaron la noción de la germinación o brotar del cuerno a partir de algun fragmento indestructible, con todo, la mayoría de los rabinos ortodoxos defendían la resurrección del mismo cuerno. Así Maimonides dice: «Los hombres, de la misma manera en que han vivido, con el mismo cuerpo, serán restaurados a la vida por Dios, y serán enviados a la vida con la misma identidad»; y «nada puede propiamente ser llamado resurrección de los muertos, sino el retorno de la misma alma al mismo cuerpo de la que se había separado».

Esta teoría, bajo sus varias formas, sea adoptada por judíos o por cristianos, está calculada, sin duda, para hacer la doctrina de la resurrección de los muertos menos difícil de concebir, y más aceptable a las mentes filosóficas; pero, como muchos otros intentos de este mismo tipo, rebaja las doctrinas sobrenaturales de la revelación al nivel de nuestras concepciones y no resuelve ninguna de las dificultades originales e implica otras que aun son causa de mayor perplejidad.

Porque si esta hipótesis es presentada para eliminar la dificultad de concebir cómo pueden ser preservadas las partículas esparcidas y evitar a que pasen a formar parte integral de otros cuerpos, se suponen aquí, también, que es necesario el cuidado constante de la Providencia a fin de mantener la incorruptibilidad de estos gérmenes o «stamina» individuales y también el que constantemente evite que sean asimilados por otros.

Ahora bien, si estamos dispuestos a conceder que tienen esta cualidad original estos gérmenes, también podemos fácilmente suponer que esto les corresponda a cada una de las partículas que componen nuestro cuerpo humano, de modo que, aunque sean usadas como comida de otros, no sean asimilados y en ninguna circunstancia pasen a formar parte de otro cuerpo humano. Pero, si estos gérmenes no tienen esta cualidad en su naturaleza original, no hay nada que pueda prevenirlo excepto la operación de Dios que está presente en todas sus obras, y que siempre está actuando para asegurar la ejecución de sus propósitos. Si este es el punto de vista adoptado, no hay que forzar mucho nuestra credulidad para aceptar que su infinito poder y sabiduría es capaz de asegurar que lo que le ocurre a unos millares de partículas de materia les ocurra a millones, cualquiera que sea la relación numérica entre unos u otro caso.

De manera que la cuestión de cómo evitar que una partícula pase a formar parte de dos cuerpos (como en el caso de comer un hombre un animal que a su vez se ha comido a un hombre), el punto esencial es la posibilidad de que el propósito final del Todopoderoso sea frustrado por una operación de la naturaleza. El suponer que El no puede prevenir esto es suponer, o afirmar que no tiene cuidado del curso que siguen sus

propios planes. Por otra parte el aceptar que El cuida de que esto no tenga lugar no es más difícil de explicar que el control de la aparición equivalente de recién nacidos en uno y otro sexo en números aproximadamente iguales, que como sabemos es un hecho natural.

De modo que estas teorías no ofrecen ninguna ayuda a resolver la única dificultad real implicada por la doctrina, sino que dejan todo el caso todavía para ser depositado totalmente en manos del poder Omnipotente de Dios. Pero, presentan una objeción fatal para ellas mismas, pues están en plena oposición a la doctrina de las Escrituras. Puesto que:

No hay resurrección del cuerpo en esta hipótesis, porque el germen, no puede llamarse en buen sentido «el cuerpo». Si un dedo no puede decirse que es «el cuerpo» con mucho menos razón pueden llamarse «cuerpo» a estas partículas minúsculas.

En estas teorías no hay resurrección en absoluto. Pues, si la parte preservada o germen, no muere, entonces no hay resurrección de la muerte, sino una especie de «suspensión» de vida; la vida queda como latente, pero no destruida. Si se defiende la idea de las «stamina» de Leibnitz, entonces el cuerpo, dentro del cual el alma entra en el momento de la resurrección, procede de la materia que se ha agregado alrededor de esta minúscula stamina, y por tanto tenemos una creación y no una resurrección.

Si los cuerpos han de ser formados por medio de la adición de una gran masa de materia nueva, como es el caso de estas dos sugerencias, entonces la resurrección de los muertos es hecha idéntica a la noción pagana de la metempsicosis; y si Pablo en Atenas predicó no «Jesús y la resurrección», sino «Jesús y una transmigración a un nuevo cuerpo», no hay manera de entender por qué los que le escuchaban se burlaron de él, puesto que la doctrina había recibido la sanción de buen número de sus propias autoridades filosóficas.

Se ha presentado otra objeción a la resurrección del cuerpo a partir de los cambios de la substancia durante la vida. La respuesta a esto es que, considerado el cambio frecuente y total de la sustancia del cuerpo esto no afecta a la doctrina de la Escritura que dice que el cuerpo que se deposita en la tumba es el que será levantado. Algunos objetan a esto diciendo que si es así, entonces los cuerpos que han pecado y ejecutado acciones dignas de galardón, no son en la inmensa mayoría de casos los mismos cuerpos que deberían ser premiados o castigados. Respondemos a esto que los premios y castigos tienen su relación con el cuerpo no ya como sujeto, sino como instrumento de castigo y premio. Sólo es el alma que percibe el placer o el dolor, que sufre o goza, y por tanto es ella la única que es premiada o castigada.

Por ello este cambio en la materia personal presentada en la objeción no afecta nuestra res-posibilidad. La identidad personal del individuo racional, como dice Locke, consiste en la cons-ciencia personal: «Por ello es que cada cual es para sí mismo lo que llama yo, sin considerar si este yo es continuado en la misma o en otras sustancias. Es por el mismo yo, que reflexiona en una acción hecha años atrás, que esta acción fue ejecutada.» Si hubiera algún valor en esta objeción afectaría los procesos de justicia criminal en todos los casos de ofensas cometidas en un tiempo razonable antes del momento en que son juzgadas; esto contradice el sentido común, porque está en contra de la común consciencia y experiencia de la humanidad.

CAPITULO XIV

La resurrección del cuerpo completo

El que vio por primera vez el pequeño envoltorio-ataúd, del que pendía el cuerpo del insecto, nunca habría predicho que en unas pocas semanas o quizá días u horas, iba a aparecer de él un insecto alado, activo y elegante. Y el que contempla con una mente filosófica esta curiosa transformación y sabe que dos años antes de que el insecto se remonte por el aire, cuando todavía está viviendo en el agua ya tiene un rudimento de alas, puede negar que el cuerpo de un muerto pueda en algún día futuro volver a ser revestido de vigor y actividad y vuele a las regiones para las cuales alguna organización latente le haya preparado de modo peculiar.

DR. GREGORY

John Wesley, que fue el líder indiscutido del gran movimiento metodista, se adhiere a la doctrina de la resurrección de un modo inflexible y escritural. En un sermón basado en el capítulo quince de Primera Corintios dice:

El apóstol, después de haber afirmado al principio de este capítulo la verdad de la resurrección de nuestro Salvador, añade: «Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? No es posible dudar de que Dios puede levantar a alguien de los muertos; puesto que tenéis el perfecto y claro ejemplo de que esto ocurrió en nuestro Señor, que había muerto y ahora estaba vivo; y el mismo poder que levantó a Cristo ha de poder avivar nuestros cuerpos inmortales.

«Pero, dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán?» ¿Cómo pueden ser estas cosas? ¿Cómo es posible que estos cuerpos puedan ser levantados otra vez y unidos a sus almas, cuerpos que hace miles de años fueron enterrados en la tierra o absorbidos por el mar o devorados por el fuego que han sido pulverizados y esparcidos por la superficie de la tierra en el curso del tiempo; dispersados, han sufrido infinidad de cambios, han fertilizado la tierra, han sido pasto de otras criaturas y alimento, a partir de estas, de otros hombres? ¿Cómo es posible que estas particillas, que formaron el cuerpo de Abraham vuelvan a ser puestas en orden, sin ser mezcladas con el polvo de otros cuerpos, y vuelvan a ocupar cada una el lugar que había ocupado antes, a fin de rehacer el mismo cuerpo cuando el alma lo abandonó? Ezequiel se hallaba en una visión en un valle lleno de huesos secos, «y hubo un ruido, e inmediatamente una conmoción; y los huesos se juntaron, cada hueso en su sitio. Y había tendones sobre ellos, y la carne subió y la piel cubrió por encima de ellos; ...y entró el espíritu en ellos, y vivieron, y se pusieron en pie». «Es posible que esto sea una visión. Pero esto, y mucho más, será lo que ocurrirá; que nuestros huesos después que han sido transformados en polvo volverán a ser de nuevo hombres vivos; que todas las pequeñas particillas de que estaban hechos nuestros cuerpos, volverán a reunirse, al recibir la orden, y cada una volverá a su lugar hasta que al final el con junto volverá a ser rehecho de modo perfecto. Que esto haya de ocurrir es algo tan increíble que no tenemos la más ínfima comprensión de cómo puede ser posible. Y podemos observar que los gentiles se quedaban atónitos ante este artículo de la fe cristiana. Fue una de las últimas doctrinas que los paganos aceptaron, y aun hoy día es la objeción máxima al cristianismo.

Es apropiado mencionar algunas de las razones sobre las que se funda este artículo de nuestra fe.

La simple noción de resurrección requiere que el mismo cuerpo que ha muerto sea el que se levante otra vez. No se puede decir de nada que ha sido levantado a menos que sea lo mismo. Si Dios da a nuestras almas en el último día un cuerpo nuevo, este cuerpo no puede ser llamado la resurrección de la carne, porque esta palabra implica la reaparición de lo que había sido antes.

Hay muchos puntos de la Escritura que lo declaran. San Pablo, en el versículo cincuenta y tres de este capítulo, dice: «Es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vertido de inmortalidad.» Ahora bien, por esto mortal y corruptible sólo puede ser indicado en el cuerpo que ahora llevamos y que algún día yacerá en el polvo.

La mención que las Escrituras hacen de los lugares en que los muertos se levantarán, muestra que el mismo cuerpo muerto será el que se levantará. Así leemos en Daniel «Los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para vida eterna, o otros para vergüenza y confusión perpetua» (Daniel 12:2). Y podemos, asimismo, observar que la misma frase dormir y despertar implica que cuando nos levantemos de

los muertos, nuestro cuerpo será el mismo cuerpo que era antes, como lo es el que se despierta al que se durmió. Así vuelve a afirmar el Señor: «No os asombréis de esto; porque va a llegar la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28, 29). Ahora bien, si no es el mismo cuerpo el que se levanta otra vez, ¿qué necesidad hay de que sean abiertas las tumbas al fin del mundo? Las tumbas no pueden dar más cuerpos que los que estaban en ellos. Si no hemos de levantarnos con los mismos cuerpos entonces no hay por qué las tumbas sean abiertas. A esto sólo tenemos que añadir lo que dice Pablo: «El Señor cambiará este cuerpo de bajeza, para que sea transformado en un cuerpo glorioso.» Este cuerpo de bajeza no es otro que el que tenemos ahora, y que debe ser restaurado a la vida otra vez.

Voy a mostrar que en todo esto no hay nada increíble o imposible, por medio de las siguientes afirmaciones:

1) que es posible para Dios conservar y preservar sin mezcla con otros cuerpos las partículas de polvo que constituyen nuestro cuerpo, y que pueden ser juntadas de nuevo, a pesar de lo dispersas que se encuentren. 2) Que Dios puede dar a este polvo disperso de nuevo la forma del mismo cuerpo de antes. 3) Que cuando ha formado este cuerpo puede darle vida con la misma alma que lo había habitado antes.

1. Dios puede distinguir y conservar sin mezcla de otros cuerpos el polvo particular en el cual se disuelven nuestros cuerpos al morir y volverlo luego a juntar por disperso que se encuentre. Dios es infinito en su poder y conocimiento. El conoce el número de las estrellas y las llama por sus nombres, lo mismo la arena del mar; ¿es del todo imposible que El pueda distinguir las partículas de polvo de las que está formado el cuerpo de los hombres y diferenciar a quién pertenece a pesar de los variados cambios que han sufrido? ¿Por qué hay que considerar extraño que, quien nos formó al principio, y cuyos ojos vieron nuestra sustancia cuando aún éramos imperfectos, del cual no estábamos escondidos cuando éramos hechos en secreto, pueda conocer cada una de las partes de nuestro cuerpo y cada una de las partículas de que está compuesto? El artesano conoce cada una de las partes del reloj que compone; y si lo descompone, con todas sus partes en desorden y confusión, luego puede volver a juntarlas como si cada una tuviera su marca particular. Conoce su uso, y las pone cada cual en su lugar y en el mismo orden y disposición de antes. Y ¿podemos pensar que el Todopoderoso artífice del mundo, cuya obra somos, no es capaz de distinguir lo que hace el artesano? Todas las partes del cuerpo del hombre, aunque estén disueltas y para nosotros esparcidas al azar sobre la superficie de la tierra pueden ser colocadas y dispuestas cuidadosamente por Dios otra vez en su propio orden. Ahora están preservadas en las aguas, en el fuego, en los pájaros, en las bestias, hasta que al sonar la final trompeta sean llamadas otra vez a su habitación primera.

Pero, algunos dirán: «Es posible que algunos cuerpos humanos hayan sido formados por la misma materia. Porque los cuerpos de hombres son con frecuencia devorados por animales. Y estos a su vez pueden ser comidos por otros hombres. Además, hay naciones que se alimentan de carne humana; por tanto, usan parte de los cuerpos de otros para formar los suyos propios. Y si lo que fue parte del cuerpo de un hombre pasa luego a formar parte de otro, ¿cómo pueden los dos levantarse el último día y ser todavía el mismo cuerpo que era antes?» A esto se puede fácilmente replicar que sólo una parte mínima de lo que se come se transforma en nutrición; la mayor parte de esta materia sigue el curso natural. De modo que no es imposible en absoluto para Dios que vigila y gobierna el curso de todas las cosas, que ordene las cosas de tal forma que la parte de un hombre nunca vaya a constituir nutrición de otro; o si ocurre, que esta sea soltada luego, antes de que ocurra su muerte, de modo que esté en capacidad de ser devuelta al que la poseyó en el último día.

2. Dios puede dar forma a este polvo, juntarlo otra vez, y formar el mismo cuerpo de antes. Y esto es posible, como lo fue el que Dios hiciera a Adán del polvo de la tierra. Por tanto siendo polvo los cuerpos de los hombres después de la muerte, no es diferente de lo que eran antes; y el mismo poder que al principio los hizo del polvo puede volverlos a formar cuando se han vuelto polvo otra vez, como hizo al principio. Además, esto no es más asombroso que el hecho de que se forme un cuerpo humano en la matriz, lo cual es una experiencia diaria, y que es un ejemplo tan asombroso del poder divino como pueda serlo la resurrección. Y si no fuera algo tan corriente el verlo, es dudoso que pudiéramos convencer a alguien de que esto ocurre: la hermosa fábrica del cuerpo de un hombre, con sus nervios y huesos, su carne y venas, sangre y otras partes de que consiste, como lo conocemos. Si no hubiéramos visto esta maravillosa producción de cuerpos de hombres no

podríamos creerlo. Nos diríamos: «¿Cómo se hacen los hombres, y cómo es formado su cuerpo?», como ahora nos preguntamos de la resurrección: «¿Cómo resucitan los muertos, y con qué cuerpos vienen?»

Cuando Dios haya levantado este cuerpo, puede vivificarlo con la misma alma que lo había habitado antes. Y no podemos pretender que esto sea imposible de hacer, porque ya lo había hecho antes. Nuestro mismo Salvador había muerto, resucitó y apareció vivo a sus discípulos y a otros, que habían vivido con El durante muchos años, y estaban plenamente convencidos de que era la misma persona que había muerto en la cruz.

De modo que hemos mostrado que la resurrección del mismo cuerpo no es imposible para Dios. Que él es capaz de hacer lo que ha prometido, con el «gran poder con el que tiene sujetadas todas las cosas a sí». Aunque no podemos decir exactamente la manera en que lo hará, esto no debería debilitar en lo más mínimo nuestra fe en este importante artículo de doctrina. Basta con que Aquél para el cual todas las cosas son posibles dé la orden y todos seremos levantados. Que los que se burlan traten de aclarar las cosas maravillosas que incesantemente ocurren en este mundo antes de presentar dificultades para explicar la resurrección. ¿Pueden decirme cómo son formados nuestros cuerpos? ¿Pueden trazar los pasos por los que esta gloriosa estructura es creada? ¿Cómo fue hecha la primera gota de sangre, y de dónde procede el cuerpo, las venas y las arterias que la recibe? ¿O con qué y con qué medios fueron hechos los nervios y sus fibras? ¿Cómo se distingue el cerebro de otras partes del cuerpo y se llena con los espíritus que mueven y animan el total? ¿Cómo fue protegido y estructurado el cuerpo con huesos y tendones, cubierto con carne y piel, estando la carne dividida en sus varios músculos? Hay que contestar estas preguntas antes de empezar a crear dificultades con referencia a su resurrección. No pueden ser contestadas sin recurrir al poder y sabiduría infinitas de una primera causa, y siendo así, basta con decir que el mismo poder y sabiduría va a reanimar, una vez haya sido convertida en polvo, la maravillosa estructura, y que no hay razón alguna para dudar que la cosa pueda ocurrir porque algunas circunstancias pertinentes al proceso no puedan ser explicadas o comprendidas perfectamente por nosotros ahora.

CAPITULO XV

El argumento de Wesley para la resurrección y no una creación

Pablo llama a esto la manifestación de los hijos de Dios, aludiendo al hecho de que los hijos sean traídos a la luz cuando nacen. Esto ha de tener su cumplimiento más elevado en la resurrección, cuando surgirán a la vida desde la tumba. Ellos mismos, por tanto, se juntan a la creación que los circunda, gimiendo dentro de sí también, aguardando la más gloriosa, última y perfecta manifestación de los hijos de Dios, cuando resurgirán de la tumba.

REV. JONATHAN EDWARDS

Después John Wesley muestra el cambio entre las cualidades de los cuerpos glorificados y los mortales de los santos de Dios. Dice:

El cambio que tendrá lugar en nuestros cuerpos en la resurrección, según el relato de las Escrituras, consistirá principalmente en estas cuatro cosas: 1) Que nuestros cuerpos serán levantados inmortales e incorruptibles. 2) Que serán levantados en gloria. 3) Que serán levantados en poder. 4) Que serán levantados en cuerpos espirituales.

1. El cuerpo que tendremos al resucitar será inmortal e incorruptible: «Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción.» Ahora bien estas palabras «inmortales» e «incorruptible» no sólo significan que no moriremos más (porque en este sentido los condenados son inmortales e incorruptibles), sino que seremos perfectamente libres de todos los males corporales que el pecado trajo a este mundo. Que nuestros cuerpos no estarán sujetos a dolor, enfermedad o ningún otro de los inconvenientes a los que estamos expuestos diariamente. Esto es lo que la Escritura llama «la redención de nuestros cuerpos», la liberación de todas las enfermedades. Si tuviéramos que sufrirlas otra vez, estar sujetos a todas las vicisitudes y penalidades con las que nos vemos forzados a luchar ahora, sería muy de dudar que ninguna persona prudente, si tuviera oportunidad de escoger, las aceptaría otra vez, o sea, que es posible que prefiriera quedar en la tumba a volver a ser atado a lo terreno. Una resurrección así sería como dijo un pagano, «la resurrección a otro para volver a dormir». Sería más bien una redención a la muerte que una resurrección a la vida.

Lo mejor que podemos decir de esta casa de la tierra es que es un edificio ruinoso, y no tardará mucho en desmoronarse en polvo; que no es nuestra casa (porque esperamos otra eterna en los cielos); que no siempre estaremos confinados aquí, sino que dentro de poco seremos librados de la servidumbre de corrupción, de esta pesada carga de la carne, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. ¡Qué frágiles son estos cuerpos nuestros! ¡Y cuan fácilmente se descomponen! Qué tropel de enfermedades, dolores y otras enfermedades son las que lo acosan constantemente. Y como nos perturba la mente la menor dolencia. Si una de las partes de nuestro cuerpo, que son numerosas, se altera, el hombre entero sufre. Qué tormento resulta de una fractura, una dislocación, un esguince. Además, incluso cuando los cuerpos están en forma es necesario proveer para su sustento, preservarlos en salud, conservarles presentables y dando rendimiento para que pueda usarlos el alma. Y si algo de tiempo libre nos queda del trabajo nos es necesario usarlo para refrigerio a fin de empezar más trabajo. Pero, nuestra esperanza y consuelo es que pronto seremos librados de todo ello, cuando «Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ecos, y no habrá más muerte, ni dolor, ni clamor, ni habrá más dolor; porque las primeras cosas son pasadas». Oh, cuándo llegaremos a esta tierra feliz en que no se oirán quejas, donde gozaremos de salud ininterrumpida lo mismo del cuerpo que del alma, y nunca más estaremos expuestos a estos inconvenientes que perturban nuestro peregrinaje.

Una vez hayamos pasado de muerte a vida, seremos aliviados de la carga y cuidado de nuestros cuerpos que ahora exige una parte tan importante de nuestro tiempo. Seremos librados de todas aquellas labores pesadas y engorrosas que ahora tenemos que hacer para mantenernos. La ropa de luz con la que seremos vestidos en la resurrección de los justos, no tendrá necesidad de cuidados. Pero entonces, nos dice nuestro Señor, aquellos que sean considerados dignos de llegar a este mundo, ni se casarán ni serán dados en casamiento, ni morirán, sino que serán como los ángeles. Esta es la felicidad perfecta que los hombres buenos gozarán en el otro mundo: una mente libre de toda tribulación y un cuerpo libre de dolor y enfermedad. Así que nuestros

cuerpos mortales serán levantados inmortales. No sólo serán preservados de la muerte, sino que su naturaleza será cambiada por completo y no retendrá ni la menor partícula de mortalidad.

2. Nuestros cuerpos serán levantados en gloria. «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de mi Padre.» Una semejanza a esto la tenemos en el resplandor del rostro de Moisés cuando conversó con Dios en el monte. Su rostro brillaba tanto que los hijos de Israel tenían miedo de acercarse a El y le arrojaron un velo para cubrirle. Y la extraordinaria majestad del rostro de Esteban parecía un anticipo de su gloria. «Todos los que estaban sentados en el consejo mirándole fijamente, vieron que su rostro era como el rostro de un ángel.» Sí, brillaba ya así en la tierra, como brillará en el otro mundo, cuando su cuerpo y el cuerpo de los santos será hecho semejante al glorioso cuerpo de Cristo. ¡Cuan glorioso es el cuerpo de Cristo! Podemos imaginarlo a partir de la transfiguración... San Pedro, cuando vio esto, cuando vio el rostro del Señor brillando como el sol y su vestido resplandeciendo como la nieve estaba enajenado de gozo y admiración y no sabía lo que decía. Cuando nuestro Señor les dejó ver algo de la gloria que ahora posee, y que en su debido tiempo impartirá a sus seguidores, este poco les pareció un paraíso; y los discípulos pensaron que no podían desear nada mejor que estar siempre en aquella luz pura y gozar de aquella vista: «Es bueno para nosotros estar aquí; hagamos tres pabellones.» No nos movamos ya de aquí. Si pensaban que eran felices sólo con estar con aquellos cuerpos celestiales y contemplarlos con sus ojos, ¡cuánto más felices seremos al habitar en aquellas gloriosas mansiones y ser vestidos nosotros mismos de este resplandor!

Esta excelencia de nuestros cuerpos celestiales probablemente será debida en gran parte a la felicidad de nuestras almas. El gozo indecible que sentiremos irradiará a través de nuestros cuerpos y brillará a través de nuestras facciones. Como el gozo del alma, incluso en esta vida, tiene alguna influencia sobre el rostro, al hacerlo más abierto y animoso, nos dice Salomón: «La sabiduría del hombre hace brillar su faz.» La virtud, al refinar el corazón del hombre le hace parecer más alegre y resuelto.

3. Nuestros cuerpos serán levantados en poder. Esto expresa la vivacidad de nuestros cuerpos celestiales, la agilidad de sus movimientos, con los cuales serán obedientes y útiles instrumentos del alma. En este estado nuestros cuerpos no son mejores que los grilletes que confinan y restringen la libertad del alma. El cuerpo corruptible presiona sobre el alma y el tabernáculo terrestre pesa sobre la mente. Nuestros cuerpos inactivos, inertes, perezosos son incapaces de obedecer con frecuencia las órdenes del alma. Pero, en la otra vida, «los que esperan en el Señor verán renovado su vigor; se remontarán sobre alas de águilas, correrán y no se cansarán, andarán y no se fatigarán». Como se expresa en otro sitio: «Correrán de acá para allá como chispas entre el rastrojo.» La velocidad de su movimiento será como el fuego que devora el rastrojo, como la altura del águila, porque recibirán al Señor en el aire cuando venga a juzgar y se remontarán con El a las alturas. Este cuerpo terrestre es lento y pesado en todos sus movimientos y pronto se cansa de la acción. Pero nuestros cuerpos celestiales serán como fueron, tan activos y ágiles como son nuestros pensamientos.

4. Nuestros cuerpos serán levantados cuerpos espirituales. Nuestros espíritus ahora están forzados a servir a nuestros cuerpos y atender a sus actividades y en gran parte dependen de ellos en muchas de sus acciones. Pero nuestros cuerpos servirán totalmente a nuestros espíritus y ministrarán y dependerán de ellos. Del mismo modo que por un cuerpo natural entendemos el que es adecuado a este mundo sensible, bajo, o sea, para este estado terrenal, un cuerpo espiritual es el que es adecuado al estado espiritual, a un mundo invisible, al mundo de los ángeles. Y verdaderamente, esta es la diferencia principal entre un cuerpo mortal y otro glorificado. Esta carne es el enemigo más peligroso que tenemos; por tanto negamos y renunciamos a ella en nuestro bautismo. Constantemente nos tienta para el mal. Nos vemos entrampados en todos los sentidos. Todas las concupiscencias y apetitos del mismo son desordenados. Es ingobernable y con frecuencia se revela contra la razón. La ley de nuestros miembros está en guerra en contra de la ley de nuestra mente. Cuando el espíritu está dispuesto, la carne está débil; de modo que los mejores hombres están forzados a conservarlo bajo tutela y usarlo con mano dura, para que no los traicione y les cause menoscabo. Y cómo nos estorba en todas nuestras devociones. Cuan pronto cansa a nuestras mentes cuando se emplea en las cosas santas. Cuan fácilmente, con encantos y placeres, nos distrae de los más nobles ejercicios. Pero, cuando hayamos conseguido la resurrección de la vida, nuestros cuerpos serán espiritualizados, purificados y refinados de sus características

terrenales. Serán instrumentos adecuados para el alma en todas sus divinas y celestiales ocupaciones; no nos cansaremos de cantar alabanzas a Dios por las edades sin fin.

De modo que, incluso con lo poco que hemos podido concebir del mismo, se ve bastante claro que un cuerpo glorificado es infinitamente más excelente y deseable que este cuerpo de baja.

CAPITULO XVI

El cuerpo del cristiano levantado, inmortal e incorruptible

Hay que admitir que la resurrección de los muertos es un gran misterio que no puede ser descubierto a menos que ocurra el hecho mismo. El apóstol pone en boca del infiel la pregunta: «¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán?», que él contesta de modo expeditivo: «Insensato, lo que tú siembras, no es vivificado, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otra cosa; pero Dios le da un cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo.» Esta perspectiva gloriosa abierta por esta doctrina no pierde nada por el hecho de que sobrepasa nuestra comprensión. Al contrario, su profundidad sólo sirve para incrementar nuestro asombro y aumentar nuestra gratitud. El apóstol, en su apología delante de Félix lo resume todo en un esfuerzo de poder divino. ¿Por qué hemos de pensar que sea increíble que Dios levante de los muertos? Si verdaderamente el evangelio intentara enseñarnos la teoría del hecho, sería justo objetar que está más allá de nuestra comprensión. Si al contrario, nos revela meramente los hechos y estos hechos tienen una aplicación práctica inmediata a nuestros corazones y vidas, todas las objeciones debidas a la dificultad de su comprensión son fútiles, porque Dios no intenta aclararnos ningún misterio, sino dejarnos ver hasta tanto como sea propio para rectificar la conciencia y purificar el corazón.

ROBERT HALL

John Wesley concluye sus inferencias prácticas:

1. De lo que hemos dicho podemos aprender la mejor manera de prepararnos para vivir en nuestros cuerpos celestiales, y que esta manera es limpiándonos más y más de nuestras afecciones terrenas, y desacostumbrando nuestro cuerpo a todos los placeres que son peculiares al mismo. Deberíamos empezar en esta vida a deshacer el nudo entre nuestras almas y la carne mortal; a refinar nuestras afecciones y a levantarlas de las cosas de abajo a las cosas de arriba; a tomar nuestros pensamientos y desconectarlos de las cosas presentes y de los sentidos, y acostumbrarnos a pensar en las cosas futuras e invisibles; de modo que nuestras almas, cuando partan de este cuerpo terreno, puedan estar preparadas para el celestial, habiendo de antemano saboreado los deleites espirituales y estando acostumbrados hasta cierto grado a las cosas que encontraremos entonces. Un alma totalmente ocupada con las cosas del cuerpo terreno no está equipada para las gloriosas mansiones celestiales. Un alma sensual está tan unida a los placeres del cuerpo que no puede gozar sin ellos, y no es capaz ni apta para otros, aunque sean infinitamente preferibles a ellos. Los que siguen las inclinaciones de sus apetitos carnales son tan inadecuados para los goces celestiales que considerarían una gran desgracia el ser revestidos de un cuerpo espiritual. Sería como vestir a un mendigo con las vestiduras de un rey. Estos cuerpos gloriosos no les vendrían bien, no sabrían qué hacer con ellos, se los quitarían y se volverían a poner sus harapos. Pero, cuando estamos lavados de la culpa de nuestros pecados, y limpiados de la suciedad de la carne y del espíritu por la fe en el Señor Jesucristo, entonces anhelamos ser disueltos y pasar a estar con nuestro exaltado Señor. Siempre estaremos dispuestos a levantar el vuelo para el otro mundo, donde al fin tendremos un cuerpo apropiado para nuestros apetitos espirituales.

A partir de aquí podemos ver cómo damos cuenta de los diferentes grados de gloria en el mundo celestial. Porque aunque todos los hijos de Dios tendrán cuerpo gloriosos, con todo, la gloria de los mismos no será igualada. «Como una estrella difiere de otra estrella en gloria, también será así en la resurrección de los muertos.» Todos brillaremos como estrellas, pero habrá algunos que por su diligencia constante en hacer bien habrán conseguido un grado más elevado de pureza que otros y estos resplandecerán más. Aparecerán como estrellas más gloriosas. Es cierto que los cuerpos más celestiales serán dados a las almas más celestiales; de modo que no deja de ser esto un estímulo para que hagamos los mayores progresos que podamos en el conocimiento y amor de Dios, puesto cuanto más nos hayamos desentendido de las cosas de la tierra ahora, más gloriosos serán nuestros cuerpos en la resurrección.

Que esta consideración nos ocupe pacientemente a sobrellevar todas las tribulaciones que se nos presenten en esta vida presente. El tiempo de nuestra redención eterna se acerca. Hay que resistir algo más, y todas las lágrimas serán enjugadas de nuestros ojos y nunca más suspiraremos ni sentiremos dolor o aflicción. Y cuando pronto olvidaremos todo lo que hemos sufrido en este tabernáculo terrenal, una vez hayamos sido revestidos

en la nueva casa que tenemos arriba. Estamos ahora como en el viaje hacia el hogar, y hemos de esperar luchas y dificultades, pero no tardará mucho nuestro viaje en llegar a su fin, y entonces seremos recompensados. Estaremos en aquel sosegado puerto, al abrigo de las tempestades y los peligros. Estaremos entonces en la casa del Padre, y ya no estaremos expuestos a los inconvenientes a que estamos sujetos ahora en estas tiendas de campaña. Y no nos perdamos toda esta felicidad por carecer de un poco de paciencia. Resistamos hasta el fin y recibiremos una recompensa abundante por todas las incomodidades y tribulaciones del peregrinaje. Tendremos paz y descanso para siempre.

Fortifiquémonos de modo especial contra el temor de la muerte; ya no tiene armas y no puede dañarnos. Nos separará del cuerpo durante un rato, pero más adelante vamos a recibirlo otra vez, más glorioso. Como dijo Dios una vez a Jacob: «No temas ir a Egipto, porque Yo iré contigo, y Yo te haré volver», y esto podría decir a todos los que son nacidos de Dios. No temas ir a la tumba; descansa tu cabeza en el polvo; porque Dios ciertamente te hará levantar otra vez, de una manera mucho más gloriosa. Solo, «estad firmes e incommovibles, abundando siempre en la obra del Señor», y dejar que la cuerte destruya esta vuestra casa de barro; puesto que Dios la volverá a edificar, pero mucho más hermosa, fuerte y útil.

Vemos, pues, cómo este apóstol y fundador del metodismo defendía esta doctrina bíblica como un hecho vital y fundamental. Si no hubiera presentado el hecho de la resurrección del cuerpo con tenacidad, no habría podido ser un apóstol de Dios ni el fundador del metodismo.

Hemos presentado también estos fragmentos al encabezar los escritos, de hombres con intelectos de orden superior. Hay otros muchos semejantes que aceptan el hecho de la resurrección del cuerpo como un credo evangélico, mantenido a pesar de las objeciones filosóficas y aprobado de buena gana por ellos y defendido.

No hay nuevos argumentos, ni son fuertes los que existen, en contra de la resurrección del cuerpo, más potentes que los que fueron presentados a nuestros padres, y ellos pudieron hacerles frente con resolución y fe firme. ¿Por qué hoy, pues, es mantenida esta doctrina de la resurrección del cuerpo tan débilmente y con tantas excusas por la Iglesia hoy en día? No hay otra respuesta a la pregunta que admitir el decaimiento en la fe espiritual, que tan potente brillaba en estos hombres, que hicieron de sus tiempos una gran era espiritual.

Estos hombres no pasaban el tiempo inventando métodos y excusas para hacer fácil para Dios lo que El ha prometido hacer y no ha hecho todavía. Según nuestros métodos modernos de chapucear con todo acabamos reduciendo el sistema cristiano a una filosofía secular, y echamos a Dios de las doctrinas. Una resurrección sin Dios es el punto hacia el cual la teología moderna progresiva está avanzando. Ya es hora de que dejemos de diluir la verdad divina para contestar los propósitos de nuestra falta de fe y nuestra mala filosofía. Es un negocio pobre para los predicadores, este hacer el juego a los filósofos, el destruir y menoscabar la revelación para satisfacer las limitaciones y ceguera de la razón. Que la razón use todos sus poderes santos para descubrir lo que dice Dios, y aprendamos en silencio, reverencia y humildad las obras de Dios; aprendamos a obedecer la revelación, pero no nos sentemos nunca a enjuiciar su verdad, su exactitud o sus hechos.

CAPITULO XVII

Algunos cuerpos resplandecerán de modo más brillante que otros

Podemos pensar, quizá, que somos libres para especular a fin de demostrar lo que es aceptable históricamente, jactarnos de la libertad que tenemos de suspender asentimiento a lo que nos parece demasiado objetivo y específico, para ser aceptado por las falsas tendencias espiritualizantes de la edad en que vivimos. ¡Podemos pensar así ahora! pero, cuando se acerque el fin, cuando la aflicción nos oprima, cuando la edad nos debilite, cuando la oscuridad empiece a rodearnos, ¿de qué nos servirá toda esta libertad de pensamiento?

OBISPO ELLICOTT

Entre las señales y cambios del momento de la muerte y resurrección de Cristo se halla esta afirmación: «Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de sus sepulcros después de la resurrección de El, entraron en la ciudad y se aparecieron a muchos» (Mateo 27:52, 53).

Las tumbas se abrieron, los cuerpos que dormían se levantaron y salieron de las tumbas. No La resurrección de Cristo fue el modelo de la nuestra. Dijo a sus discípulos: «Mirad mis manos y mis pies, que soy Yo mismo, tocad y ved.» Les mostró sus manos y sus pies; una resurrección literal del cuerpo traspasado, magullado, sangriento. Esta es la autoridad firme y la esperanza de nuestra resurrección. Seremos levantados de los muertos no por medio de un germen, no por rehabilitación, no por nueva creación, sino con el mismo cuerpo de cuando caímos: transfigurados, refinados, glorificados. Esta es la resurrección de los muertos.

Los muertos estarán de pie ante el trono del juicio de Dios. Seremos juzgados por los hechos ejecutados en este cuerpo. Este cuerpo ha participado en todas nuestras acciones y tiene que recibir su parte en los resultados del juicio. Cristo dice que cuerpo y alma pueden ser lanzados al infierno. La identidad, la unidad se sigue a lo largo de la eternidad. Estos cuerpos de bajeza serán cambiados.

Los que duermen se levantarán. Es el cuerpo que duerme, porque el alma no duerme nunca. Es lo que duerme en el polvo de la tierra que será levantado. Los que duermen en el polvo de la tierra serán levantados. Sólo el cuerpo duerme en el polvo de la tierra. ¿Podríamos concebir una afirmación más clara de ello que lo que nuestro Señor dice: «No os maravilléis de esto: porque la hora viene en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán fuera; los que han hecho bien para resurrección de vida, los que han hecho mal, para resurrección de condenación»? Aquí el resultado de la resurrección sale del sepulcro. ¿Qué tenemos en el sepulcro? Estos cuerpos mortales —y lo que ponemos en la tumba oirá su voz y saldrá fuera.

Pablo presenta la doctrina en una forma muy completa y llena de consuelo: «Y no queremos hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron con El» (1.^a Tesalonicenses 4:13, 14).

No hay cambio o dilución aquí para poder acomodar al filósofo de hoy. No hay capitulación ante la alta crítica y el saduceísmo. Es una afirmación tierna y firme a la vez de una verdad divina y preciosa. ¿Quiénes son los que duermen en Cristo? Lo sabemos muy bien. Aquellos cuyas manos doblamos con lágrimas, cuya frente besamos, pusimos a descansar, y cuyos nombres escribimos en sus tumbas con palabras de esperanza y resurrección. No vimos sus espíritus y no pudimos seguirlos en su vuelo hacia el cielo, pero transportamos sus cuerpos, con el corazón partido, a su último descanso terreno. Cristo nos los devolverá de sus tumbas y podremos abrazarlos otra vez.

Cantamos al despedirnos de sus cuerpos: «El dormir en Jesús es cesar el trabajo.» Pusimos en el mármol de la losa: «¡Duerme en Jesús! ¡Bendito sueño Recostado en brazos de amor! ¡Es de la tumba que volverán! ¡Del polvo! ¡ Del mar! El cuerpo está en la tumba, en el polvo, en el mar. El cuerpo, imperecedero como el espíritu, a la voz del Hijo de Dios, saldrá de la tumba, del polvo, del mar. Este es un hecho, misterioso, es cierto; pero Dios, el Hijo de Dios, la Palabra de Dios nos presenta y nos resuelve el misterio. La fe se aferra a Dios, la fe se aferra a la Palabra de Dios, la fe se aferra al Hijo de Dios. La fe, fe todopoderosa, ve a Dios, a su Hijo y su Palabra, se ríe del misterio y de los imposible y exclama: «¡Será como Tú has dicho!»

CAPITULO XVIII

La resurrección de Cristo garantía y símbolo de la nuestra

Pablo sintió en las profundidades de su alma que la vida del cristiano subsistiendo por la fe ahora, sólo puede hacerlo en la esperanza del futuro. Si no tiene delante esta vista del futuro, toda la vida cristiana aparece ante sus ojos como esfuerzo sin objetivo^ persecución de fantasmas, la burla de una ilusión. Porque, la vida de otros hombres se dirige a objetivos más elevados o más humildes, que son conseguidos en sus pesquisas intelectuales o en la satisfacción de los sentidos, los cuales pueden conseguirse en la tierra. Pero, la vida de los cristianos, con todos sus conflictos, esfuerzos, renunciaciones se refiere a un objetivo ilusorio si no se realiza en la vida eterna del futuro.

JOHANN A. W. NEANDER

Es evidente que este cuerpo presente, no en sustancia, pero sí en cualidades y capacidad, no es adecuado para las condiciones distintas y más elevadas y los empleos a que será destinado en la vida celestial. Puede que esto no sea tan evidente, pero tiene que ser verdad también que si la revelación dada sobre este punto, nos diera toda clase de detalles, no podría ser comprendida, de manera que los datos que se nos dan son sólo explícitos de un modo general: que los cuerpos han de ser cambiados. Se nos dice con insistencia que estos cuerpos en sus presentes características no son apropiados para las nuevas relaciones; que la carne y la sangre no pueden heredar este perfecto estado ni adaptarse a sus exigencias.

Hay toda clase de teorías, nunca satisfactorias y en general sin provecho con respecto a estos misterios divinos. La Biblia es la única guía de confianza. No tenemos por qué tratar de averiguar los misterios de la Palabra de Dios o sus maravillas, sino buscar y conocer la verdad tal como nos la revela Dios en su enseñanza sin errores, fantasías, opiniones de hombres o filosofías. La verdad divina es todo lo que necesitamos.

Dios nos revela dos hechos distintos respecto a los propósitos suyos referentes a nuestros cuerpos: el primero es que se levantarán de la tumba. El cuerpo es su creación original; una maravilla de su creación. Es sagrada para Dios. Fue hecho a partir del polvo, pero el polvo fue santificado, según los propósitos de Dios. Es sagrado para Dios, porque es su templo.. «¿No sabéis que vuestro cuerpo es un templo del Espíritu Santo que está en vosotros?» El cuerpo dedicado como templo está consagrado a Dios. Nuestros cuerpos son la obra de Dios, su propiedad, su templo. Deben glorificarle y El los glorificará. El cuerpo es sagrado para Dios porque El revestió con uno a su Hijo. Jesús llevó este cuerpo en la tierra, lo lleva ahora en el cielo. El cuerpo participa de la obra redentora de Jesús; su regeneración vendrá por medio de su resurrección y glorioso cambio. Dios santificó y ennobleció el cuerpo apareciendo en el cuerpo a los patriarcas y los profetas. Le hizo este divino honor y lo revestió de inmortalidad cuando vistió a su Hijo en un cuerpo de carne. Dio a este cuerpo el triunfo cuando lo levantó de los muertos en la persona de su Hijo. Este cuerpo, El, ha declarado que lo levantará de la destrucción de la tumba. El segundo gran propósito de Dios para el cuerpo es que será cambiado para adaptarlo a los nuevos goces, empleos, objetivos y ventajas de la vida celestial.

Este cambio tan maravilloso puede ser comparado a la regeneración de nuestras almas. La sustancia no será cambiada, la identidad y semejanza no será destruida, pero tendrá lugar en él una maravillosa transformación en cuanto a las condiciones, relaciones y apetencias del alma. El hombre es el mismo, y con todo es un nuevo hombre; las viejas cosas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas. Este cambio que tiene lugar en el cuerpo puede ser comparado al cambio que tiene lugar en la tierra cuando después del frío invierno aparece la hermosura de la primavera; parece otro mundo, cambiando de doria en gloria, y con todo es el mismo, pero podemos verlo que Dios puede hacer. El mismo Dios que obra estas maravillas de regeneración en el alma, estos portentos en la naturaleza, este mismo Dios despertará estos cuerpos muertos de su sueño y los regenerará en algo glorioso, mucho más sublime de lo que podemos contemplar con nuestros ojos en la primavera. ¡Amén! ¡Así sea!

No tenemos una idea adecuada del cambio; la imaginación no tiene fundamento sobre el cual construir. Nuestro lenguaje corriente, las imágenes de que disponemos, son pobres y vulgares para levantarse a la altura de este hecho misterioso y emocionante. La Biblia nos da el modelo y algunos detalles. El modelo es el cuerpo glorioso de Cristo. Es un modelo que no hemos visto. Su retrato es mostrado en el Monte de la Transfigu-

ración, pero nosotros quedamos cegados y aturcidos por su gloria. Tenemos un bosquejo de lo que va a pasar a nuestros cuerpos en el capítulo quince de Primera Corintios. Allí se nos dice que el cambio hará de él un cuerpo poderoso, no por aumento en tamaño, sino por los elementos de fuerza, resistencia, energía. No tendrá la tendencia, adquirida o inherente, al decaimiento o degeneración; su vigor nunca será alterado. La muerte habrá sido absorbida en la vida. El cuerpo, nos enseña la Biblia, saldrá de la tumba con fuerza inmortal, nunca sufrirá cansancio, lágrimas, degeneración, muerte, estará dispuesto a los diferentes y elevados usos de la vida celestial.

El cambio no será por etapas o progresión —no habrá evolución en él— sino que será en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al sonar la final trompeta. El cambio tendrá lugar por el poder inmediato de Dios. Esta es nuestra fe: la resurrección del cuerpo por el poder de Dios. En esta fe vivimos; enterramos a nuestros muertos a la luz de esta esperanza; dormiremos nosotros mismos con esta bendita esperanza como nuestra sábana mortuoria.

CAPITULO XIX

Este cuerpo cambiado nunca conocerá debilidad, lágrimas o degeneración

Se nos informa que tanto Moisés como Elías aparecieron también en gloria; una gloria algo similar, podemos suponer, aunque muy inferior, a la gloria de que estaba revestido Cristo. Como El, estaban vestidos probablemente en vestiduras de singular blancura y esplendor; y la forma de sus rostros podría haber sido cambiada algo y hecha más resplandeciente y más ilustre. Ahora bien, esto sería una representación del estado glorificado de los santos en el cielo. Se dio particular testimonio en el monte de los olivos de sus principales doctrinas: de una resurrección general y de un día de retribución.

OBISPO PORTEUS

Los cambios del cuerpo no serán en la forma o la materia sustancial. Cristo tenía la misma forma y sustancia después de la resurrección que antes, pero era más refinado, glorioso. El cambio maravilloso está simplemente basado en el poder de Dios, quien, de la misma sustancia y material puede haber cosas distintas. Muchos errores, graves y perniciosos han tenido lugar como resultado del fallo en discriminar entre estos dos, la resurrección del cuerpo y su milagroso cambio. El error entre algunos Corintios sobre la resurrección parece ser la idea moderna de que este cuerpo, terrenal, opaco, bajo y carnal en su naturaleza y apetitos, era impropio para la vida celestial, y por tanto no resucitaría. La Biblia nos dice que será cambiado y refinado en sustancia, no que haya de ser nuevo, sino cambiado para hacerse cargo de las condiciones cambiadas. El marido construye una casa amplia y bien equipada cuando se casa y su familia es pequeña; pero cuando la familia crece y las condiciones cambian, teniendo medios más amplios, sin tener que edificar una nueva casa, la amplía, la mejora.

Pablo declara la capacidad de cambiar el cuerpo refiriéndose a la naturaleza de la semilla. El labrador siembra la simiente desnuda; Dios puede tomar este grano de trigo y alterarlo para que se transforme en un tallo y una espiga, el cuerpo que Dios quiere darle. Dios toma la sustancia —carne, mera carne— y lo cambia en algo de un orden más elevado, carne de persona; o lo cambia en una sustancia de una estructura más baja, carne de animal, carne de pez, y otra parte carne de pájaro, mostrando con ello su poder infinito de diversificar la misma sustancia. De modo que la capacidad de Dios se extiende a hacer de un mismo material cuerpos celestiales para uso celestial, y cuerpos materiales para uso material. No sólo se extiende el poder ilimitado de Dios a diversificar la misma carne en varias clases, no sólo le permite su poder hacer de la misma sustancia cuerpos para usos inferiores y usos superiores; sino que su poder le permite hacerlos distintos en su gloria, como el sol, la luna y las estrellas, todo de la misma sustancia y forma, pero diferente en gloria, por su poder. Y lo mismo puede Dios cambiar los elementos y material de este cuerpo haciéndolo glorioso. Por ello replica al corintio heterodoxo, que pregunta en espíritu de duda: «¿Cómo pueden ser resucitados los muertos? ¿Y con qué cuerpo vendrán?» Resucitados, dice Pablo, por el poder de Dios, y cambiados para corresponder a las exigencias de la vida resurrecta.

Tenemos la clara y luminosa afirmación de Filipenses: «Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo: el cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya, en virtud del poder que tiene también para someter a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 2:20, 21).

El momento del cambio será cuando tenga lugar la segunda venida del Señor Jesucristo. «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero» (1.ª Tesalonicenses 4:16). Y el Señor Jesucristo formará nuevo cuerpo a partir del presente cuerpo de humillación, el cuerpo viejo. El modelo para la formación de nuestros cuerpos será su propio cuerpo glorioso, excelente e insuperable en todos los aspectos. Tenemos en la transfiguración de Jesús un anticipo de su glorioso cuerpo. Como dice Trench: «La transfiguración ha sido contemplada por la Iglesia como la profecía de la gloria que los santos tendrán en la resurrección. Tal como fue el cuerpo de Cristo en el monte, así será el cuerpo nuestro en la otra vida. En numerosos pasajes tenemos indicaciones del carácter luminoso de los cuerpos glorificados de los redimidos. Todas estas escrituras indican la conformidad gloriosa de nuestros cuerpos entonces, con todo lo que era su cuerpo en aquella ocasión, que se nos mostraba como

las primicias de la nueva creación.» Cuan precioso era su cuerpo. «Y se transfiguró ante ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz». «Y entretanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente.» Esta era su gloria: «Vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con El.» Moisés y Elías se aparecieron en gloria.

El modelo de nuestra resurrección lo hallamos en el cuerpo glorificado de Cristo. Esto no sólo lo suponemos, es que se afirma claramente en la Biblia: «Así también está escrito: "Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas no es primero lo espiritual, sino lo natural; después, lo espiritual. El primer hombre, sacado de la tierra, es terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, el del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial"» (1.^a Corintios 15:45-49).

CAPITULO XX

Y así como hemos llevado la imagen terrenal, también llevaremos la imagen celestial

¿Cómo pueden aspirar el polvo y las cenizas a ascender al cielo de los cielos si no podemos sentir con toda la plenitud de convicción que Aquél que fue hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne ha entrado en estos reinos antes que nosotros y ha tomado nuestra misma naturaleza glorificada y hermosa a la diestra del Padre Eterno?

OBISPO ELLICOTT

La Biblia declara que estos cuerpos han de ser cambiados, no que otros cuerpos serán hechos o desarrollados; sino que estos cuerpos de bajeza, estos cuerpos terrenales serán cambiados y formados según el cuerpo glorioso de Cristo. Fue el mismo cuerpo de Cristo, el cuerpo traspasado y muerto en la cruz, el cuerpo que durmió en la tumba de José que fue hecho glorioso. Así que ha de ser nuestro mismo cuerpo el que compartirá la gloria. Esto se realizará por su poder divino y en el momento de su segunda venida.

El cambio tendrá lugar en cuanto al tiempo, inmediatamente después de la resurrección. Se efectuará no por progresión o estadios, sino de modo instantáneo, por el poder creativo y regenerativo de Dios.

Esta será la hora de nuestro triunfo final; el último enemigo, la muerte, será destruido, y no quedarán trazas de la destrucción del pecado. Entonces tendremos la prueba de lo que dice el apóstol y sus resultados: «Porque consideraron que los sufrimientos del tiempo presente no son dignos de comparación con la gloria que nos será revelada.»

Entonces por el poder de Dios, las cosas monótonas y pesadas de esta vida adquirirán el brillo de una joya; las aflicciones leves del momento obrarán para nosotros un sobremanera grande y eterno peso de gloria. Entonces no veremos como a través del cristal enturbiado de esta tierra, sino cara a cara, como en una visión desvelada; y en la plenitud del conocimiento y de la luz, conoceremos cómo somos conocidos. Entonces comprenderemos como aquí, ni aun con la visión espiritual más penetrante, el ojo no ha visto, ni el oído ha oído ni ha entrado en el corazón del hombre el concebir las cosas que el Señor tiene preparadas para los que le aman.

Estos son los dos hechos gloriosos que aguardan a estos cuerpos. Serán levantados de los muertos, el largo sueño de la muerte será quebrantado por el poder de Dios cuando suene la trompeta del arcángel; pero también nos enseña que el cuerpo será levantado y experimentará un cambio que lo hará apropiado para la gloriosa vida de resurrección. Pablo nos dice que este cambio consistirá en varios puntos, que harán que el nuevo cuerpo se distinga del viejo: Se siembra en corrupción; se levantará en incorrupción. Nuestros cuerpos celestiales no estarán sujetos a decaimiento ni a debilidad a causa de la edad; no heredarán enfermedad o muerte: «La enfermedad y la aflicción y el dolor y la muerte no se sentirán ni serán ya temidos más.»

«Se siembra en deshonor, resucitará en gloria.» Enterramos a los muertos demacrados, para que sean tratados ignominiosamente por la podredumbre y los gusanos, cenizas y polvo.

Estos cuerpos ahora humillados, cubiertos de llagas y sufrimiento, son un freno para el gozo e impiden el curso libre del espíritu inmortal. La transformación que sufrirán los hará gloriosos, resplandecientes. Sin duda serán luminosos y atractivos, formados con simetría y perfectos en forma.

¿Exageramos el cambio: Levantados en gloria? Gloria, magnificencia, excelencia, preeminencia, dignidad, gracia, esplendor, brillo, todos ellos están en el cuerpo. Cristo dijo de ellos: «Resplandeceremos como el sol en el reino de su Padre.» «Los sabios resplandecerán como el firmamento; y los que vuelven a otros a la justicia, serán como las estrellas, para siempre.»

CAPITULO XXI

Nuestros cuerpos cambiados instantáneamente a la segunda venida de Cristo

Me gozo en la gloria que ha de ser revelada, porque no es incierta la gloria que esperamos. Nuestra esperanza no depende de un hilo deshebrado algo semejante, sino del firme sable de nuestra ancla amarrada en el juramento y promesa de Aquel que es la verdad eterna. Nuestra salvación fue asegurada por la misma mano de Dios, con la propia fuerza de Cristo, asegurada por la inmutable naturaleza divina. Rellenémonos del lastre de la gracia para que el viento no nos lleve de acá para allá. Nunca habla visto como hasta ahora cuánto había para encontrar en Cristo en este lado de la muerte y del cielo. ¡Cuan dulce, cuan dulce es nuestra inversión!

SAMUEL RUTHERFORD

«Sembramos en debilidad, resucitará en poder.» Nuestros cuerpos en su forma presente son débiles. Su historia es de debilidades, la fragilidad es su cualidad esencial, su mayor vigor es aplastado por la enfermedad, su fuerza más varonil se vuelve flaqueza de niño en un día y se hunde en el sepulcro: nacidos para la debilidad, y para la aflicción. La resurrección cambiará todo esto en poder. La energía será una de nuestras características predominantes: energía, no afectada por el trabajo, el clima, la enfermedad o la muerte; energía sin disminución ni restricciones. No habrá cese en el curso de vida y ánimo, y no habrá necesidad de descanso, sueño, refrigerio o recreo para recuperarse; no habrá desmayo ni fatiga ni por la tensión más severa o las más exigentes obligaciones. Serviremos a Dios día y noche, con el flujo de un vigor sostenido sin dolor ni cansancio.

«Sembramos un cuerpo natural; resucitará un cuerpo espiritual.» El cuerpo nuestro presente es semejante al de los brutos y en común con ellos está sujeto a los apetitos y la pasión, no puesto en marcha por la parte superior de nuestro ser. El cuerpo espiritual estará por encima de los apetitos y las pasiones, adecuado para los usos y vehículos de la parte inmortal del hombre que le acerca a Dios, y todos sus usos y empleos serán conforme a los elevados designios divinos. Nuestros cuerpos presentes, formados para los gustos y tendencias de la carne, apenas conseguimos arrastrarlos a las regiones de lo espiritual y celestial; son cuerpos de bajeza, como dice el apóstol. El cambio los hará cuerpos celestiales y espirituales, apropiados para la esfera en que tendrán que residir. Los cuerpos terrenales si no fueran cambiados no serían aptos para este otro mundo, incapaces de resistir el brillo o las horas incesantes de labor sin sueño o descanso. No podrían resistir las visiones beatíficas y extáticas, ni estar a la altura de la adoración y otros deberes del cielo.

El apóstol empieza el capítulo quince de 1 Corintios refutando los errores sobre la doctrina de resurrección, pero sigue poniendo la doctrina en su más sublime y hermosa luz, y acaba con estas gloriosas palabras, a partir del versículo 45: «Hay un cuerpo natural, y hay un cuerpo espiritual. Así está escrito: «Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas no es primero lo espiritual, sino lo natural; después, lo espiritual. El primer hombre, sacado de la tierra, es terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales, y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, sed firmes y constantes, abundando en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano» (1.^a Corintios 15:45-58).

Aquí el apóstol incluye en este gran cambio a los que están viviendo cuando Cristo regresa. Aun que no mueren, serán cambiados, esto es, serán hechos igual a Cristo. En un momento, más rápido que el

pensamiento, la obra será realizada, el cambio, no en sustancia, sino en cualidad. En esta hora, los cuerpos de los muertos, serán rescatados en todas sus partículas de la tumba y serán cambiados en incorrupción, y el triunfo será completo. Entonces, y sólo entonces, nuestro canto de victoria resonará y se cumplirá la profecía.

CAPITULO XXII

Cansancio, debilidad, pérdida aquí. Energía inmortal allí

Hablando de modo figurado, cuando Cristo fue descendido de la cruz, descendió primero «en las partes inferiores de la tierra» y llegó al reino de la muerte. De un golpe de su potente espada destruyó los bastiones y fundamentos del templo de la muerte. Con otro golpe aplastó su corona, capturó sus llaves e hizo polvo de todo el trono e imperio de su majestad el diablo. Lo lanzó al lago de fuego proclamando: «Yo soy el que vivo y habla muerto; he aquí que vivo para siempre y tengo las llaves del infierno y de la muerte.» Encadenó a Satán y a la muerte y dirigiéndose al Hades, hizo cautiva a la cautividad, mientras las huestes celestiales prorrumpían: «Ha prevalecido, ha prevalecido. Vencerá» Salió de la tumba y permaneció cuarenta días con sus amigos y luego ascendió al cielo «desde donde esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, el cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación conformándolo al cuerpo de su gloria».

REV. HOMER W. HODGE

El futuro del hombre será divinamente glorioso y divinamente ilustre. Compartirá el lugar de Jesús, donde está Jesús estarán sus seguidores. Esta es la enseñanza específica de Jesús: «Voy a preparar un lugar para vosotros», dijo Jesús; «y si fuere y os preparare lugar, volveré otra vez, y os recibiré a Mí mismo; para que donde Yo esté, vosotros estéis también». En su oración sacerdotal Jesús dijo: «Padre, los que me has dado quiero que donde Yo esté ellos estén conmigo; que vean la gloria que me has dado.» La afirmación del Apocalipsis es clara, firme y exaltada: «El que venciere Yo le daré que se siente en mi trono, como Yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.»

Jesús tiene que tener el lugar de mayor dignidad, de máximo honor en el universo. Dios le ha dado sin ninguna sombra de duda o limitación un nombre que es sobre todo nombre, un lugar que es sobre todo lugar. Jesús lo llama paraíso, un lugar de inefable belleza, adornado por Dios y abundando en adornos divinos, que fascina los ojos y enajena el corazón. La palabra divina es que Jesús nos pastoreará a los bienaventurados en esta tierra. Con Jesús estarán y Jesús estará por ellos. El honor, la gloria y la dignidad concedidos a El serán nuestros. Somos coherederos con El de la gran herencia de Dios.

Estoy plenamente persuadido de que esto es una verdad infalible y necesaria: que ha sido designado que los hombres mueran una vez, así como que los hombres se levanten de la muerte, que sus almas separadas de su cuerpos estén en las manos de Dios y vivan, y que sus cuerpos disueltos en el polvo o esparcidos en cenizas sean recogidos y reunidos a sus almas, que la misma carne que vivió antes será vivificada, y que el mismo cuerpo que cayó será resucitado, todos y cada uno, y que esta resurrección será universal, no exceptuándose a ningún hombre, que ninguna carne quedará en el sepulcro, y que todos los justos serán resucitados a resurrección de vida, y todos los injustos a resurrección de condenación; que todo esto tendrá lugar el último día, cuando suene la trompeta final, y esto, creo yo, es la resurrección del cuerpo.»

¡ Con qué aclamaciones con los santos, levantados de entre los muertos, vitorearemos al Redentor! ¡ Cómo resonarán en los cielos sus alabanzas para siempre! Gracias sean dadas a Dios será nuestro cántico; y los ángeles se juntarán al coro y declararán su asentimiento con un ferviente ¡AMEN! ¡ALELUYA!